CUENTOS EXTRAÑOS

Mis primeros escritos



Estos textos, corresponden a un pequeño libro escrito y publicado en Córdoba en el año 1980.

ISBN: 84-85276-20-5
Depósito Legal: CO-431-80
Impreso en: ARTES GRAFICAS RODRIGUEZ
Colina y Burén, 13 -15 Teléf. 236935
- Córdoba

Índice:

VEREDICTO FINAL,
UN RELATO EXTRAÑO

Cuando al otro día de haber tenido este sueño me levanté, las personas, las cosas y todo lo que me rodeaba, me pareció distinto. Nunca más he podido verlo de otro modo.

Hace cinco años que estamos aquí. Esta mañana temprano ha bajado Maruchy y me lo ha dicho, además de traerme lo que ya hacía tiempo le había pedido. Es un cuaderno y un lápiz. Como no sabemos hasta cuánto tiempo vamos a permanecer en este lugar, se me ha ocurrido escribir un
diario. Por eso le pedí el cuaderno. Ha tardado casi medio año en traerlo. Es que el pueblo más cercano está casi a cien kilómetros y su padre sólo va a él una vez al año.

Maruchy ha nacido en estos lugares. Su casa está a mitad del cerro, unos trescientos metros más arriba de nuestra cueva. Todo el cerro, hacia arriba y para los lados, es un bosque muy espeso de

pinos salvajes. Desde su casita, mirando hacia nuestra cueva, a la izquierda está el muro del pantano, Desde este muro a la casa de Maruchy hay como doscientos metros subiendo un poco el cerro y alejándose hacia el poniente. La masa de agua embalsada en el pantano se extiende hacia el saliente y da miedo acercarse a ella por la cantidad de monte y animales que en su orilla hay. Nuestra cueva está al nivel de los cimientos del muro, pero unos cuatrocientos metros río abajo. Este es un sitio muy peculiar: Junto casi al cauce del río y además, la inmensa masa de un mar grande de agua dulce, llega casi a la entrada de este refugio. Por más que llevan ya cinco años buscándonos aún no nos han podido encontrar. Resulta muy difícil descubrir este lugar. Hay mucho monte en todo su alrededor y en la puerta más aún. Como ya dije, hace cinco años que estamos en este refugio y la única persona que tiene trato con nosotros es Maruchy Y sus padres. En muchos kilómetros en todos estos alrededores no vive nadie, y además, no podemos aventurarnos mucho. Siguen buscándonos Y pueden descubrirnos en cualquier momento. A este sitio y situación llegamos de la siguiente manera: Yo, un día, me cansé de Ellos. No podía vivir por más

tiempo bajo sus mandatos absurdos. Hui de su presencia y ciudad. Llegué a unos campos lejanos donde me hice de muchos amigos. Con ellos cultivé la tierra y durante un año todo fue bien. Aquellos de los cuales hui empezaron a buscarme y a oídos de mis amigos, en aquel campo, llegó la noticia. Una tarde bajamos hasta el río. En un charco grande nos bañábamos. De pronto en el cielo, apareció un objeto raro. Era como un tubo de medio metro de diámetro enroscado en una circunferencia de unos tres metros de diámetro. Empezó a volar por encima de nosotros. Enseguida supuse que eran Ellos que me buscaban y corrí para esconderme. Más arriba del charco, entre las adelfas, lo hice. Mis amigos se quedaron en el mismo lugar y miraban a aquel objeto. En una de las ocasiones que pasó cerca de ellos, uno de mis amigos le hizo unas señales.

- Está escondido ahí.
Y le indicó el lugar en el que yo estaba. Los estaba viendo y el odio y la rabia que hacia mi amigo sentí fue grande. El objeto voló río arriba y se acercó a mí. No tardaron en descubrirme. Pero en aquel momento, para defenderme, arrojé piedras contra aquel aparato. Sin preocuparse de lo que yo podría hacerle, el objeto fue

tomando tierra. En este instante oí a mis amigos que regañaban.
- ¿Por qué lo has descubierto?
- Ahora lo cogerán y pueden llevárselo.

Vi que el que me había acusado estaba arrepentido. Lo vi correr hacia mí. Gritaba diciendo:
- Ven por aquí, te salvaré.
Me fie de él y corriendo por el monte salí a su encuentro.
- No hay que perder tiempo; sígueme.
Saltamos por el agua del río y subimos una pequeña cuesta.
El objeto había tomado tierra y por lo que me parecía, algunas de las piedras que le arrojé debieron alcanzarle. Mi compañero y yo corrimos ladera arriba con verdadera desesperación. Dos horas después estábamos completamente cansados. Aún nos faltaba un buen trozo para llegar a lo alto de la loma. Al otro lado había grandes extensiones de viñas. Me lo dijo él que conocía bien todos aquellos lugares.
Cuando se hizo de noche, llegábamos a una de las plantaciones. De ella cogimos unos racimos y después de comer nos ocultamos tras unas rocas. Los planes que allí hicimos era de continuar huyendo hasta llegar lo más lejos posible.

- Tú no estás obligado a seguir. Le dije a mi compañero.

- Por lo mal que me he portado contigo te seguiré a cualquier lugar.

Luego después, nos quedamos dormidos. Despertamos muy temprano al día siguiente y seguimos huyendo. Por los campos fuera de caminos y esquivando todos los pueblos y casas que encontrábamos. Diré que yo no había hecho nada malo. Sólo quería perder de vista a la mucha gente rara que en las ciudades había encontrado. Pero por lo visto Ellos querían algo conmigo, Por eso me perseguían. De Lolita también huía. Ella y muchos de aquellas ciudades me habían hecho mucho daño. Los encontraba enfermos y podridos de mil vicios y pasiones. Por aquel entonces yo cumplía veinte y cinco años. Mi amigo era algo más joven.

Durante todo un mes no dejamos de huir. Por fin una tarde llegamos a no sé qué lugar que nos pareció salvaje y lo bastante lejano como para que ningún ser humano llegara por allí. Todos los cerros estaban cubiertos de un monte muy espeso y las rocas sobre los picachos y laderas daban cobijo a multitud de aves de presa. Como ya dije, por la parte del poniente se

extendía un mar grande. Por la vertiente opuesta a donde está el pantano bajamos hasta las aguas y luego subimos por la orilla hacia el muro. Esta etapa la hicimos en dos o tres días, puesto que como habíamos decidido quedarnos por allí, ahora ya no teníamos prisa. Bien nos habíamos acostumbrado a comer fruta, pescado y caza. Muy cerca del muro del pantano, una tarde hicimos alto y decidimos quedarnos en aquel lugar para pasar la noche. Las ranas, los grillos y no sé cuántos animales más nos arrullaban mientras dormíamos. Al despertar al día siguiente, nuestra sorpresa fue grande. Desde unas rocas, muy cerca de nosotros, nos miraba una preciosa criatura. Era Maruchy. Pronto nos hicimos sus amigos y también de sus padres. Y he aquí, que hoy Maruchy, cinco años después de aquel encuentro, sigue siendo nuestra mejor amiga. Esta mañana ha venido a traerme el cuaderno que ahora uso. De ella, sus padres y nosotros tendría que contar muchas cosas, puesto que en estos cinco años han ocurrido en número grande. Nos siguen buscando y Maruchy los ha visto varias veces.

Hace dos días ella se puso enferma. Desde hace un año o así están

apareciendo, en el pantano y en la orilla del mar, muchos peces muertos. También por aquí cerca han caído varias aves y algunos conejos. Quizá Maruchy se ha puesto mala por comer carne de algunos de estos animales; no cabe duda que deben de estar intoxicados.

Han pasado dos días desde que Maruchy nos trajo el cuaderno. Ella sigue muy enferma. Y esta noche a mi amigo y a mí nos ha pasado algo maravilloso: De pronto, nuestra cueva se iluminó. Una figura como la de Maruchy, pero mucho más hermosa, nos ha dicho:

- Dentro de pocos días voy a destruir el planeta Tierra. Sois vosotros los pocos buenos que aún quedáis en este lugar y por eso a uno os voy a elegir

Después de esto la visión desapareció. Enseguida supe que el elegido era yo. También hoy nos damos cuenta que el haber vivido en este lugar nos da una ventaja muy grande sobre los demás seres del planeta Tierra. Hemos pensado decírselo a Maruchy, pero hoy ella está muy enferma.

Han pasado tres días desde la visión. Maruchy ha muerto esta noche. Estamos ahora en su casita. De pronto, por el cerro

de enfrente, veo asomar un grupo de esos que me persiguen. Los padres de Maruchy están temblando. También tienen mucha pena. En estos momentos se nos aparece la visión. Nos revela un contenido de cosas que no puedo decir. Desaparece. Ellos se acercan. Nos abrazamos a los padres de Maruchy y salimos a la puerta. Saltamos al vacío y por él nos trasladamos. Ellos nos miran y no pueden seguirnos.

- ¿Habremos sido engañados?

- Está escrito.

Miro mi reloj. Sólo dos minutos. La oscuridad es densa. Esperamos que aparezca en el cielo. Nos rodea un bosque espesísimo. Los árboles son gigantes. La humedad de la corriente llega a nosotros. Dentro de poco rato llegaremos hasta el fondo. El camino parte desde aquí. Por él avanza la carroza. Los animales que la tiran ahora están impacientes y nos miran. Parecen sentir que la misión es extraña y en verdad lo es. No se dio nunca ni se dará jamás. Ella también está aquí. No sabe nada. No puede comprender nada. Aunque se lo dijera. Me mira. Adivino en sus ojos el terror que corre por su alma. ¡Cuánta pena me da! , Pero así está mandado. Hubo un tiempo en que pudo ser distinto; ahora ya no. Nadie puede

mudarlo. Es doloroso, pero tenía que cumplirse, ES LA HORA

Mi reloj la marca. Y, ¡asombroso! Se cumple. Ahora mismo lo estamos viendo con nuestros ojos. Las estrellas corren en todas las direcciones. Dejan arroyos de luz y se enredan y enredan hasta formar una red. Los puntos luminosos desaparecen. También las sendas que han dejado.
Todo es fantástico. Mudos lo observamos.
- Es llegado el momento; no hemos sido engañados.
- ¡Parece increíble! La emoción que experimento no se puede decir. ¡Qué momento!

Ella está muda. Acobardada. Teme. ¡Cuánto daría por saber algo! Nos observa. Espera que actuemos. Y lo hacemos. Él sube para llevar las riendas. Yo también y ella detrás. Nos ponemos en marcha. Mientras bajamos, el cielo se ha llenado de nubes. Los picos de las montañas van cubriéndose de una niebla blanca. Hemos llegado al río. Está previsto que aquí yo me separe. Tengo que subir a ocupar mi puesto. Me levanto. A mi compañero no le sorprende porque sabe todo. Ella me mira. Quiere saber.
- Sí, me separo.

- No, por favor; llévame.
- Contigo. No quiero quedarme sola.
- Es imposible.
Su miedo es tanto que llora. Grita. Quiere escaparse. No lo consigue. Me ve en actitud de saltar.
¡Junto a ti, junto a ti!

Alza su mano en posición de súplica. No me toca. Ya he saltado. Por el vacío, vuelo. La fría niebla roza mi cara. La carroza sigue su camino. No se ha detenido. Va alejándose con la seguridad de que ningún obstáculo se opondrá a su meta. Ella grita y los barrancos quedan sembrados con sus gritos. Sigo subiendo. Voy acercándome a las cumbres. En ellas la niebla es espesa. Sin importarme voy tomando posición. No es posible que ya nada me detenga. Su fuerza es tal que ni Dios puede. Se fue formando desde muchos siglos atrás y de su silencio ahora surge.
- ¿Verdad que en estos momentos te gustaría no ser tú? ¿Que sobre tu existencia no pesara la amarga carga que allá, en aquellos tiempos, fuiste amontonando? Ahora, ya no es ocasión. Si tu experiencia resultó un error eterno has de soportarlo, Nadie ha de atender ni a tus

gritos ni a tus lágrimas por más profundos que éstos sean.

Al paso del carro las trompetas suenan, Milagro es la primera en oírlas. Está ahí: Entre el algodonar en la vega del río. En medio de la cuadrilla. Envueltos sus brazos, su cuerpo y su cara en trapos viejos llenos de polvo y sudor. Tiene dieciocho años y es muy hermosa. Sólo que no sabe ni leer ni escribir. Nunca pudo ir al colegio, Desde muy pequeña ya tuvo que trabajar. No pisó nunca una iglesia. No celebró jamás un domingo. Muy pocas veces fue al cine. Cuando alguna tarde tenía libre se juntaba con sus amigas y paseaban un rato y luego lavaban y planchaban la ropa que al otro día iban a usar. Milagro se preguntó mil veces si algún día no habría justicia para ella.

- Tengo el mismo derecho que todos los demás.

Hoy, cuando ha oído la trompeta ha saltado de alegría. Ha tirado al suelo sus instrumentos de trabajo y ha corrido loca. Todas sus compañeras la miran. Están de pie entre las matas de algodón. Sólo ella corre. Como si mil

años hubiese esperado este momento. Se acerca al carro. Lolita no conoce a Milagro, pero ahora observa que le va a pedir cuentas de algo. Lolita está presa; en una prisión que no sabe hasta cuándo va a durar y yo sé que es eterna. Milagro está libre. Una libertad también eterna. Se acerca a Milagro, sube al carro, la coge por el cuello y aprieta fuerte. Lolita está Pasmada. Fría. Sabe que por más que quiera gritar o defenderse no encontrará a su favor nada. Absolutamente nada. Es la criatura más indefensa jamás conocida. Milagro la zarandea y grita:

- Se te concedió todo el tiempo que quisiste para asistir a colegios. Nunca pasaste hambre. Nunca pasaste sed. No te privaste ni de bombones, ni de pasteles, ni de fiestas. Todos los veranos disfrutaste de vacaciones, de playas, de piscinas, de cine. Mientras yo ahí: Día tras día, años tras años trabajando sin descanso en la esclavitud. Para que tú pudieras estudiar, tener hijos hermosos y educarlos en una ciencia grande y perfecta. Lo único que hiciste fue aprovecharte. Saciar tu egoísmo y engendrar pecados. ¡Maldita! Te voy a matar. Por romper la maravillosa creación de Dios. Ahora tengo permiso para hacerlo. Hiciste mal uso de las riquezas que se te concedieron.

Milagro aprieta con tanto odio que me veo obligado a intervenir.
- No lo hagas aún; espera un poco.
Me ha hecho caso. La deja y corre por la llanura y sube. El carro sigue y deja una nube blanca. Estoy viviendo la realidad de un sueño y ¿sabes qué me pasa? Cuando era sueño me parecía sublime, mágico, delicioso. Y no sólo me parecía sino que lo tocaba dentro de mí y me perdía por entre sus caminos inaccesibles y floridos. Ahora que es real y puedo tocarte con mis dedos y besarte con mis labios, enredada entre estos vellones de luz divina que flotan y estas rizadas nubes de perfume que haciendo ondas suaves se pasean como mariposas por estos campos, me tengo que esforzar para creer que aún tienes la misma belleza, ¿Podré amarte siempre, siempre a pesar de lo mucho que te odio?

Desde mis montañas bajan mil arroyuelos. Sus aguas cristalinas siembran de música el campo. Milagro se acerca. Lo primero que ella quiere saber es todo aquello que a lo largo de sus días fueron robándole. Yo sé dónde está. También ella. Ellos, cuando mataban, cuando robaban, cuando destruían y para quitar las víctimas de sus ojos, las enterraban. Sin pensar que un día

nosotros íbamos a tomar posesión de ese cementerio. Hoy, ya lo hemos hecho. Milagro es la primera que viene a reclamar lo que se le arrebató. Está enterrado en la montaña. Nos acercamos a ella. No descubrimos otra cosa que no sea lo que es suyo. Aquí hay muchos tesoros, pero ya irán poco a poco subiendo sus dueños. Ha sido apresado y muerto el Monstruo que los guardaba y un mensajero lo anuncia. Lo lleva preso con él y sus intenciones es recorrer la Tierra para que todos aquellos que fueron dañados, todos aquellos que están presos y no pueden hablar, se alcen y suban. Ha llegado el momento de su triunfo. Dentro de poco se les entregará lo que es suyo y un arma para que ya nunca más le hagan daño. Las trompetas, desde la carroza, suenan con tal furia que hacen temblar los cimientos de la Tierra.

Hemos llegado al lugar, valiéndonos de instrumentos que no puedo descubrir, desbrozamos las superficie. Quitamos una pequeña capa de tierra y aparece lo que buscamos. Lo primero es su padre. Aquel viejecito que a los ochenta años aún tenía que pasarse ocho horas diarias trabajando para poder comer un trozo de pan. Ahora vuelve a nosotros. A la vida. A la libertad.

Gozando de cosas tan grandiosas que ni se puede soñar. Milagro lo abraza. De felicidad lloran. Uno a otro se contemplan y durante rato se dicen muchas cosas. ¡Han sido días tan raros los pasados! Y fueron muy largos.

Luego después, Milagro sigue excavando. Busca todo aquello que ella, desde hacía mucho tiempo, sabía que era suyo. Y lo encuentra. El mal de ellos y sobre todo, la loca vida de Lolita, lo han sepultado en esta montaña. Pensando quizá que nunca sus dueños iban a venir. ¡Qué contradicción sufrirán ahora! Milagro, que había sido la más abandonada, tiene ahora en su poder una riqueza grande. Una riqueza que le pertenece con todos los derechos y que puede gozar sin límites de tiempo y sin tener remordimientos. Nada es robado. Nada injusto. Nada que no haya sido do exclusivamente para ella. Lo último que para su asombro aparece ante sus ojos es un palacio entero. Un grandioso palacio que jamás inteligencia humana podrá nunca construir. Con maravillas tales que no existen riquezas, en ninguna parte delo creado, semejantes.
- ¡Oh! papá; esto es más de lo soñado.
- Es lo justo. Lo que se te debía a ti y a los otros. Y de que se haga justicia con ella no

es de lo que está asombrada sino de que fuera tanto lo que ellos le quitaban.

Pero ellos, en estos momentos, se han dado cuenta que están siendo derrotados. Es natural que quieran aún mantenerse en sus puestos. Esperaba que se lanzarían al ataque, Justo cuando Milagro ha tomado posesión de su castillo los veo que se acercan.
- Mira hacia acá.

Le digo a Milagro. Ahora ella es la más hermosa de cuantas mujeres pisó la Tierra. Posee sabiduría casi infinita y tiene en sus manos un poder mucho mayor que el que toda la humanidad junta pudo reunir con sus máquinas y bombas. Pero Milagro no hará uso de él sino cuando yo se lo mande. Y yo no se lo mandaré hasta que no llegue el momento. Sólo para enderezar lo que está torcido aunque esto signifique derramar sangre y condenar a muchos. Ha mirado hacia donde le indico. Es hacia abajo; hacia las inmensas llanuras que se divisan desde nuestra montaña. Ella quizá no esperaba ver lo que de pronto surge ante sus ojos. Un poco le asaltaba el miedo de aquello días pasados.

- No; ya no. Es natural que a ellos les cueste caer de su posición. Es lógico que quieran seguir aplastándonos, pero no te preocupes. Todos sus intentos serán fallidos.

Quiere creer que es cierto lo que digo pero no puede olvidar. Ellos vienen al ataque. Hacia nosotros. Y las armas que hoy van a emplear no son precisamente las primeras que inventaron. Saben que al luchar con nosotros no es con hombres con quienes van a enfrentarse, sino con Dios. Cara a cara, con esa fuerza que siempre les asustó. Ha llegado el momento de desafiarla sin rodeos. Por eso tienen que poner en acción lo más eficaz y refinado que hasta hoy sus cerebros han podido inventar. Y allí vienen. Los estoy viendo. Milagro está junto a mí. Desde mucho tiempo temían que este día llegara. ¡Pobres ellos! Vivieron siempre con el temor de ser asaltados y por esto precisamente, por más que tuvieron, no fueron felices. No podían serlo. Ahora, van a morir como perros y después, como verdaderos miserables, van a caer al infierno. Jamás nunca saldrán de ahí. Toda la creación entera los odia. Sólo se crearon enemigos y el mayor de todos soy yo con Dios luchando junto a mí.

Se aproximan. No vienen con tanques ni cañones. Necesitan otra fuerza más grande para acercarse. Han construido una nube negra de muchos kilómetros. En forma de tormenta la hacen avanzar hacia nosotros. Sé cómo será su ataque y en qué consistirá todo. Son tinieblas y no podrán nunca con la luz. Desde nuestra montaña son muy pocas las ciudades que se ocultan a nuestros ojos. Dominamos todo. Y la distancia no es obstáculo para que podamos ver como si estuviéramos justo en aquel punto. Tampoco nada se oculta a nuestra mente. Ellos creen que sí. En estos momentos estamos viendo a la carroza avanzar. Oímos sus trompetas. Las turbas se alzan y gritan. Unos de alegría y otros de terror.

La nube se acerca. Ahora todavía viene silenciosa. Pasiva. Dentro de unos momentos comenzará a escupir el odio. Ese veneno que ellos han inventado y que en esta ocasión no les va a servir para nada. Quizá sólo para desnudarse más ante el Universo. Cojo a Milagro y corro. La oscuridad se proyecta sobre el paisaje y está envolviéndonos. Frente a la nube nos hemos tumbado en el suelo.

- Si tiran proyectiles caerán por aquí; puede alguno alcanzarnos.
- No tengas miedo.

La nube está casi encima. La oscuridad cada vez es más densa. Un poco más abajo de nosotros hay una casita. En ella vive Carolina. Ella podría estar con nosotros desde hace mucho rato, pero el suceso le ha cogido durmiendo. Por eso aún no sabe nada. Milagro debiera haber ido en su ayuda, pero son tantas las cosas que van a ocurrir en tan poco rato! Hay que cogerlos a todos de sorpresa. Tal como está anunciado. Desde hace mucho tiempo saben que este día iba a llegar y no hicieron caso. Preferían pecar y no saber otra cosa. Por supuesto que cuando se vean derrotados buscarán mil pretextos. Ninguno será válido. Yo quiero que así suceda para que sea reparado el mal que se nos hizo a los pobres. Para que eternamente reconozcan que existe un Dios que hace las cosas en serio. Como era en serio el dolor de los muertos de hambre. Como era en serio el dolor de los oprimidos.

¡Los oprimidos! Los pequeñuelos que nunca pudieron respirar una bocanada de aire puro. Los que nunca pudieron hablar.

A los que sólo se les concedió el derecho de sufrir, Sufrir como animales y morir como gusanos. Así es cómo se va a hacer hoy justicia. Sobre la cruda realidad que en los corazones hay. Y aquí, sólo las obras serán tenidas en cuenta. Ni palabras, ni categorías, ni ciencias, ni riquezas. Así es cómo yo quiero que ellos sean torturados. Porque me hicieron sufrir mucho.

La nube ya está casi encima. Es de noche. Los voy a dejar hasta el último momento. Para que así se crean que siguen siendo. Para ver hasta dónde llega su cobardía y su orgullo. Será más espectacular su caída y sus víctimas sentirán mayor placer. Milagro está temblando. Aunque ahora ya no tiene miedo. Sabe que nada se hará hasta que yo no dé la orden. Mi único temor es que ataquen antes de que el sonido de las trompetas haya sido oído por todos. Pero no; no lo podrán hacer. Los que buscan libertad han de salvarse. Aunque todas las potencias del mal deseen lo contrario.

El padre de Milagro se acerca a nosotros. Él conoce bien las injusticias de ellos. Ahora sabe también que ocupamos el puesto superior. Por eso grita:

- Hay que matarlos. No dejemos que ya nunca más sigan encima. Para que comprueben lo que es vivir sin poder moverse.

Milagro, a una indicación mía, corre a la casita.

- Despierta a Carolina y haz que suba.

Antes de llegar, las luces se apagan, Veo a dos o tres de ellos que han entrado en el edificio antes que Milagro. Va a ser necesario luchar para impedir su propósito. Pero esta lucha será de poca importancia por parte de ellos y de nosotros. Sólo son tres y lo importante es que no quede ni uno. Y además, interesa que sean sus propias víctimas quienes les aniquilen y éstas aún no han sido informadas ni están aquí, Tiene Milagro que saltar unas paredes para llegar a Carolina. Sin miedo lo hace. Mientras tanto la han cogido. Está dormida. No se despierta. Junto a la casita hay otro edificio grande. Corren por sus pasillos llevando a Carolina presa. ¡Qué miserables son! Están tan desesperados que temen quedarse hasta sin sus enemigos. Es lo que quieren hacer con Carolina: Guardarla junto a ellos para no sentirse abandonados. Pero en cuanto ella abra los ojos los repugnará.

Lolita en estos momentos se ha escapado. Acaba la carroza de dar la vuelta a la Tierra. Ya están informados. Millones y millones de seres se ponen en acción. Unos, muchos, lanzan un grito enorme de triunfo. Saltan de gozo porque ha sonado su hora. Saben lo que tienen que hacer y se preparan. Dentro de poco estarán todos cerca de mí. Les daré una orden y se lanzarán. Ahora están quemando sus cosas. Sus instrumentos de esclavitud. Otros, también muchos, corren desorientados, por mil lugares. Se abrazan a sus cosas, a sus coches, a sus joyas para que nadie se las robe. Esa es su angustia. Como todo lo que poseen fue robado no tienen más remedio que sentir miedo. Saben que sus tesoros no les pertenecen y por eso los abrazan con tanta fuerza. Se les va a quitar dentro de un momento. Lo saben muy bien; pero no, no haremos lo que ellos. Todavía los seguiremos respetando. Nos ocuparemos de ellos dentro de un rato. Que el pánico los confunda poco a poco, que los desoriente, que los amargue. No son sus joyas, ni sus tierras, ni sus coches lo que nosotros queremos. Sería caer en el mismo pecado. Somos de otro espíritu y esto no vamos a hacerlo.

Lolita se ha escapado. Se ha valido de la confusión y ha saltado de la carroza. Corre por el camino y se acerca al cerro. ¿A dónde pretende llegar? Si supiera que ya no le queda ningún camino abierto. Quizá piensa que todos los que la cortejaron allá, en los tiempos de su hermosura en la Tierra, van a venir a salvarla. Pero teme que no y por eso huye. Negoció mal con la riqueza de su hermosura y ahora ellos mismos la odian. Era de esperar. Esto es lo único que puede esperar quien nunca se preocupó de buscar la luz.
- A ella, que no se escape.

Y mis amigos, sólo unos pocos, corren. Saltan unos arroyos, un río con poca agua y se internan en el monte. La siguen. Sus pelos están desmarañados y chorrea sangre y sudor. Tiene su cara manchada de mil suciedades. Para defenderse coge piedras. Viéndola, ¡qué símbolo más perfecto del demonio! No cabe duda que fue su aliada durante mucho tiempo y por eso ahora ya no se preocupa de ocultarlo. Se ha refugiado tras unos árboles. Mis amigos suben y ella arroja piedras. ¡Pobre criatura! Está desnuda ante la creación y su lepra no será ya curada.

Del pueblo sube Teresita a mí. Se diferencia de Milagro que ella sí pudo estudiar, Pudo ir al cine y conocer ciudades. Comparada con Lolita, también es rica. Más que ella quizá. Pero manejó tan diestramente sus riquezas que produjo el ciento por uno y, además, compró un reino muy grande en otra vida. Teresita tiene ahora dieciséis años. La conocí de pequeñita y fue siempre fiel. Ellos no pudieron con ella porque fue preparada para que no la engañaran. Pero aun así no la han dejado tranquila. Mil veces ya han querido aprovecharse de su hermosura. Teresita les pudo. Hay en ella mucha fuerza. Ahora, la venganza que ella pide es sólo que no los quiere. Huye de ellos y desea apartarse mucho. Ha oído las trompetas y sabe que yo la espero. En mí sí confía. Desde mi presencia a Dios hay muy poca distancia. La veo salir por las calles de su pueblo. Corre por la llanura; la llanura que rodea a las casas de su pueblo con los grandes bosques de árboles. Miles de manzanos y perales que recorrió en sus juegos de niña. Yo la vi crecer y es muy bonito todo lo que de ella guardo. Corre y salva la distancia casi sin moverse y a una velocidad imposible de medir. Vuelo desde mi montaña por encima de los montes y salgo a su encuentro. Su

alegría y mi alegría es grande. No hay abrazos, no hay besos, no hay unión de cuerpos. Hay algo que produce un gozo superior a todo esto. Me da la mano y seguimos volando hacia nuestro lugar. Ellos la siguen. Teresita es feliz de estar junto a mí y con esta felicidad ellos se sienten humillados y descubiertos. Y para que veamos con más claridad lo que hay en sus corazones, borrachos, dicen:
- Eso es lo que quiere, aprovecharse de las mejores.

Teresita ha captado la intención de estas palabras y todo su ser la defiende. Se ha puesto roja y me mira.
- No te preocupes. Son unos canallas y como no pueden otra cosa escupen sus palabras para intentar confundirnos. Para de alguna manera hacernos daño. Pero lo único que consiguen es que veamos su corazón. Ya ves si es negro. ¡Hasta en este momento!
- Para mí no hay ningún nacido más bueno que tú.
Lo mejor que Dios ha querido es dejar el Juicio Final en nuestras manos. Ellos no esperaban esto.

El "Cara Gorda" se acerca. Chorrea lágrimas de sus ojos y viene sangrando.

Tiene un dolor en sus espaldas que no le deja vivir, Está viejo como un paraje sin árboles y sé a qué viene. Espero que se acerque. Tenía ganas de poder hablar.

- Perdóname, fui un soberbio,

- Cuando estabas en tu poder dictabas como dueño absoluto y no pensaste que el día de la gloria se te iba a acabar, Hiciste sufrir mucho. Tendrás que restituir. No me tolerabas ningún fallo y esto hizo que no te amara. No era libre. Me privaste de la ciencia para tenerme a tu servicio más a tu gusto, Eso es lo que tú nunca tuviste. Sólo te apoyabas en tu cultura, en la ciencia, en tu educación, En que se presentaran bien las fuentes en la mesa. Vas a ver lo que dentro de poco voy a hacer con tu ciencia. En lo que vais a quedar tú y tus compañeros. Arderá tu mundo, tus máquinas y tú. Sólo va a quedar lo eterno: "El Amor". ¿Sembraste tú eso?

- Por favor, dejaré que me hables de tú.

Veo a dos o tres perros morderse unos a otros. Emiten sonidos raros y con sus dientes destrozan todo lo que encuentran a su paso. Sus ladridos se mezclan con el canto o, más bien, gritos de un mochuelo. Jamás nunca había oído a un mochuelo graznar de este modo. Parece como si sintiera el dolor de la tragedia. Como si quisiera llamar la atención con sus gritos

para detener la marcha de los acontecimientos. Tanto es así que siento miedo. Un miedo grande. Me tiemblan los pies. Las manos. Por un momento he querido levantarme y andar. La puerta está abierta. Al verla, siento deseos de echar a correr. Correr y no parar hasta llegar a confines tan lejanos, tan lejanos, donde todo esté ya completamente borrado. Pero pensar esto me da aún más miedo. Es esta precisamente la hora que tanto soñé. Es el momento de confirmar esa verdad por la cual tanto luché. He de mantenerme firme para que ella no se desmorone con la muerte. Para que los buenos y los malos comprueben la autenticidad de las cosas. Tengo que hacer esto, pero estoy solo y, porque la misión es grande, tiemblo. Cuánto, ahora, deseo que este momento no hubiese llegado nunca. Es terrible. También verlos alzarse para vivir una felicidad eterna. Todo es más fuerte que lo que humanamente se puede soportar. Por eso tiemblo. Veo la puerta abierta y quiero correr pero no puedo. Se necesitan muchas fuerzas para correr. No sé si más que para quedarse. Este horrible momento no hubiese llegado nunca si ellos hubiesen sido buenos. Malditos sean millones de veces porque no sólo me privaron de vida en los días de mi caminar

por la Tierra, sino que ahora me hacen sufrir por tener que matarlos. Por tener que verlos pudrirse en mis propias manos. No tengo entrañas para eso. Estoy temblando. Como si un monstruo animal me devorara. No me dejaron vivir porque sus presencias sólo eran mortificación para mí y ahora que ya poseo la libertad y la posesión de las maravillas tengo que seguir viéndolos. Y hasta se me pide que los mate. ¿por qué no se quedaron en la nada para siempre en lugar de nacer para sólo suscitar odio y discordia?

Ahí está Fina. La estoy viendo. Pobre amiga mía angustiada. Luchó con locura y sólo buscaba poder estudiar. Para no sentirse inferior. Sus padres lo impidieron. Sus amigas también. Un día, no sé cómo, se le ocurrió que ellos podrían echarle una mano. Acudió al "Cara Gorda" y como ésta sólo conocía el mundo de los ricos pensó que a Fina se le podría ayudar con los mismos métodos. ¡Qué horror, Dios mío!
- Ven otro día y te llevaré al cine.

Fina no volvió. Pero un día escribió una carta llena de dolor:
"QUIERO QUE ME DEJEIS SOLA. ACUDI A VOSOTROSCON EL DESEO DE ENCONTRAR UN AMIGO. VUESTRA

HIPOCRESIA ES COMO LA DE LOS DEMAS. NO ME AYUDAIS PORQUE SOY POBRE. ¡POR FAVOR, NO VENGAIS MAS A MI! DEJADME SOLA".
¿No era esto una verdadera llamada de angustia? Pero él se limitó sólo a leer la carta, romperla y tirarla a la papelera. Poco después se fue de fiesta. ¡Pobre final! Llorando, destrozada, volvió mil veces más. Sólo para descubrir en su amargura lo podrido de sus corazones. Ahí está ahora. Dices que crees en Dios y que lo amas.

Ha oído las trompetas. La cólera la tenía a punto de explotar y ahora lo hace. Está cerca de él. Se ha levantado y los libros que tenía en sus manos los ha tirado al suelo.
- Lo que quieres no es salvarme, sino que me haga a ti. ¡Es tremendo lo que haces y en nombre de Dios!
Y como no encuentra palabras, corre. Salta por los hierros de la ventana y cae a la calle. Ellos la siguen. Porque tienen miedo de ella según les anuncian las trompetas.

Fina corre loca. Sin reparar en nada de lo que a su paso encuentra. Le gustaría gritar y acusarlos con todo lo que su corazón

lleva. Pero la misma rabia que le quema se lo impide. Atraviesa la ciudad y sale a la carretera. El primero, al pasar junto a un bar y oler el vino, entra y ya se olvida de lo demás. El segundo ve la película anunciada y entra al cine y el siguiente una televisión con toros. ¡Qué desastre, Dios mío, qué desastre! Fina los ha visto pero ni por eso deja de correr. Hace auto-stop en un camión y sube.
- A prisa. Corre todo lo que puedas para alejamos cuanto antes y más mejor.
- Pero, ¿qué es lo que sucede para que no puedan ver que hay otro mundo?

Lolita ha escapado. Refugiada en el monte se ha cansado de arrojar piedras. Ninguna ha rozado a mis amigos. Tenazmente la han ido acorralando. Hasta que llega un momento que tiene que abandonar su refugio. Sigue huyendo por la falda del cerrillo y el monte espeso de la ladera. La sombra del cerro baña toda esta parte por donde ella corre. Mis amigos la siguen. Quieren agotarla y después volverla acoger, Llega al nacimiento de los arroyos. Es precioso aquí el paisaje. Los manantiales brotan de la tierra y se derraman suaves por las blancas rocas de mármol. Un poco más abajo ya se juntan en un cauce pequeño y buscan el río.

Lolita, agotados todos los recursos para defenderse, ahora mientras corre blasfema. Deja escapar de la boca palabras que al oírlas me pasman. ¡Pobre criatura! Nunca debiéramos haber hecho con ella lo que es ahora. Está desesperada y su maldición sólo a ella puede hacer daño. Llega a las rocas blancas y quiere atravesar la pequeña capa de agua para seguir corriendo. Pisa y resbala. Cae rodando por la pendiente y un poco más abajo queda enganchada entre las ramas de unos árboles. Inmediatamente mis amigos se le han echado encima. Araña y muerde la rama.
- No me hagáis daño. Os daré todo lo que pidáis.

¿Qué es lo que puede ofrecer? ¿Acaso piensa que puede seguir comprando todos los caminos con sólo vender la hermosura de su cuerpo? Hasta hoy sí pudo negociar con esta mercancía porque sus amigos eran así de sucios. Pero llegó el momento en que esto ya no tiene valor. La única moneda que hoy vale son las obras y el amor. Y en las obras mejor es no rebuscar nada hasta el momento oportuno.

Mis amigos la sujetan. La fuerzan a que saque la lengua. Se resiste pero al final lo

hace. Dos de ellos la cogen y tiran hasta meterla entre la horquilla que forma dos ramas gruesas. La pasan por la parte de arriba y la doblan hacia abajo. Ahora tiran fuerte de ella. De la garganta de Lolita ha surgido un bramido tan espeluznante que llevo mis dedos a mis oídos para no oírla. Aprieto mi boca y rechino mis dientes. Su lengua medio se ha arrancado. Ha sido rasgada en cuatro o cinco tiras y su sangre chorrea hasta manchar las rocas y el río de agua pura.

- No es sino lo que mereces por tantas mentiras. Por todo el daño que con tu lengua has hecho.
No la han soltado aún y veo que de nuevo van a martirizarla. Sus gritos siguen resonando en el barranco y ya no puedo más. No sé quien me ha dado fuerzas para llegar a este momento. Los veo en actitud de machacar su lengua y entonces grito:
- ¡No, basta ya!

Mi voz ha resonado como un trueno que hace temblar toda la tierra. Mis amigos me miran. Me obedecen, pero Lolita llora. Da unos pasos por el agua tambaleándose con las tiras de lengua colgando hasta la cintura y chorreando sangre. Llora con una

amargura triste. ¡Dios mío, cómo me conmueve! ¿Por qué dejaste que la quisiera y hoy me haces ver esto? Y tú, la única criatura que me descubrió las profundas bellezas del amor, la única de verdad amada en mi corazón hasta fundirse en mi espíritu para no poderte arrancar más, ¿Por qué has llegado a ser esto? ¿Por qué ante mis ojos y en estos campos? ¡Mis campos queridos! Lo único sencillo y puro que me ha alimentado con belleza desde mi pequeñez y a partir de hoy está manchado por tu culpa. Voy a verlos arder y a ti con ellos. ¡Oh maldición! Cuánto dolor por no hacer las cosas como Dios quería. Por habérseme permitido tener un cuerpo humano y vivir entre vosotros sin ser de vosotros. Y ahora, para que todo sea más, tener que enderezar las cosas torcidas por vosotros. Tener que quemar al mundo, mataros, juzgaros y echaros al fuego eterno. Con qué garras todo esto me destroza dentro.

Y ahí está Jesús, otro de mis amigos liberados. Por la carretera que sube río arriba viene. Jugueteando, vuela saltando de un poste a otro. ¡Vuela! El sueño de su vida hoy en sus manos. Ya es libre y sube feliz para ocupar un puesto junto a mí. Detrás queda toda la tragedia que tuvo

que vivir a lo largo de su vida. En el cortijo aún cerca de él. No querrá recordarlo jamás. Cinco días antes de este momento se negó a probar ningún alimento que le presentaban. Los miserables alimentos que le daban.

Cuando él llegó el grito de liberación, estaba justo con el plato delante. Rodeado de sus compañeros y sentado junto a los grandes montones de trigo de su dueño. Le habían puesto el plato en las manos y lo miraba triste sin probar bocado cuando tembló la Tierra. Los graneros se hundieron y muchos de sus compañeros y los dueños quedaron apresados bajo los dorados granos de trigo. Jesús, al momento, se encontró algo perplejo, pero tras darse cuenta que lo que había sonado era la hora de su liberación, se levantó resuelto. Tiró el plato y saltó. Su gozo fue grande al comprobar que para escapar ahora, no tenía que correr, usar coches o algo parecido. De repente podía volar. Volar con la misma agilidad.de sus pensamientos. Es más de lo que él esperaba. Y sin retrasarse un momento salta y sube por los tejados del cortijo. La cárcel horrible que odiará eternamente por culpa de ellos. Uno de los dueños lo ve.
- A él, que no se escape.

Grita Y comprueba que nadie obedece estas órdenes. Entonces, él mismo intenta apresarlo. Pero su sorpresa es grande. Jesús se esfuma como un rayo hacia cualquier dirección y él no puede casi ni dar un paso. Está como cogido por imanes a la tierra que pisa. Aterrado quiere saber qué es lo que sucede. Pero no logra ver nada. Es comprensible que su mente no vea. Parece que está enfermo. Drogado con una medicina que no le dejará nunca escapar.

Jesús ha recorrido todos los extremos de la casa saltando desde una esquina a otra por el tejado. Ahora, casi le da pena dejar este rincón. Pero su alegría no le puede sujetar encerrado por más tiempo. Los paisajes que ahora a sus ojos se abren invitan a correr. A gozarlos. A fundirse con ellos y no saber más de nada.

Salta desde el tejado y por la llanura se viene hacia la carretera. Roza las copas de los árboles. Junto al camino se encuentra uno de ellos. Anda abrazándose a la sementera. Llorando porque ella es rota por la Tierra que tiembla y se convulsiona. Por encima de él pasa Jesús rozándolo.

- Vente conmigo.
Le dice y además con un deseo grande de que goce el gozo que él ahora.
- No puedo.
- Sí puedes; has podido siempre, lo que pasa es que no tienes pantalones para hacerlo.
- Bien dicho Jesús, esa es la verdad. Por su propio deseo se condena. No puede aceptar tu invitación porque nunca tampoco podía comprender cuál es la felicidad que ahora a nosotros nos corresponde. Sería demasiado su tortura si supiese la verdad.

Jesús se aleja. Llega a la carretera. Los postes de teléfono que a lo largo de ella se extiende, los clavó él un día. En aquella ocasión era esclavo. Aunque nada quería saber con la tierra que ellos le hacían tragar en cada minuto que respiraba. ¡Qué dicha ahora que ya puede volar! Besa aquellos rincones y salta por los postes. Juega, pero es el gozo de estar libre. Sabe que ahora, nunca más podrá marcharse de estos lugares. Y hasta las mismas plantas y el viento se sienten libres. Jesús, guiado por mí y lleno de esa luz que imprime belleza, les dará una vida nueva.

También todos estos seres van a ser liberados. Dentro de muy poco.

Veo a Lolita. Ha salido de las aguas y quiere andar hacia arriba. No lo hace. Quizás es que no sabe a dónde ir. Mis amigos ya no la siguen. Teresita junto a mí lo ha visto todo.
- Déjame que vaya a ayudarla.
- No puedes. Vamos a dejarla para ver qué busca y a dónde acude.

Y me acuerdo en este momento de la última página que para ti escribí hace exactamente setenta años. En aquellos preciosos días cuando creía en ti con tanta fe: "El año pasado contaba los días y cada uno pasado sin verte me parecía perdido. Este año no sucede lo mismo. Y yo me pregunto que cómo es posible que sigas avanzando por el tiempo sin hacer nada. ¿Misterios que nos atormentan dentro de estas formas dolorosas? Escribo esto y estoy sentado en la mesa en la cual he escrito todo lo que de ti ya guardo. Desde donde tantas veces te he visto llegar y te he esperado. Hoy, aunque te deseo, no sé qué hay que prefiero no verte. Ya no tengo esperanza. Si sigo aquí ni sé por qué. Todo se hunde. Por más que lo he deseado no he podido nada, pero seguiré

luchando. Este es el último renglón que para ti en mi vida trazo. ¿Cómo acabarás?"

Y de aquí que setenta años después te sigo viendo. Te sigo amando. Todavía eres y no sabes a dónde vas, pero dentro de unos momentos vamos a ver la verdad de cada uno. Yo sigo creyendo en Dios. Quizá por esto he podido llegar a tanto a pesar de lo poco que era y tú a tan poco a pesar de lo mucho que eras. Dentro de unos momentos voy a abrir el libro y a leer todo lo que se escribió de nosotros. ¿Qué habrá de ti, Lolita amada, qué habrá de ti? Aún me parece que todo es sueño. Pero es cierto que ahora no lo es. Estamos dentro de la auténtica realidad de nuestra existencia. No hay ilusión, no hay fantasía, no hay esperanza. Se abren fabulosos mundos para dar paso a la vida y poner cada cosa en su sitio. Ahora es cuando comenzamos a existir, Todo lo de antes fue un simple ensayo. Y me parece que nunca supiste qué papel tenías que representar y es el momento de saber cuánto va a costar tu despiste. ¡Oh! Desde cuántos siglos y con cuánta fuerza deseé que llegara este momento. Cuántos, hoy, también conmigo, se van a alegrar.

Me miraste pura y creí que habías adivinado quién era y me hice flor contigo para, que amaras lo que yo, pero no. Me creíste uno más. No cesaba de sonreír creyendo que yo era sonrisa y ya ves que no. Nací más allá de todo eso y ahora son tantas las sendas por las que me escapo para encontrarme con esa que en ti yo amo y no encuentro en ti, que me pierdo y me ensancho y me toco a mí mismo en todos los extremos que toco. ¿Sabrás algún día quién fui?

¡Oh fuente plácida! Has sido lo único que me ha saciado hasta la saturación pero me has dado tan poco que sólo me diste sed. Lo confesaré: No puedo escapar de tu sonrisa, y sin embargo, cuánto más que ella no soy yo. ¿Qué era necesario haber hecho para que tú y tus amigos vierais? Me rompí en ríos desbordados ansiando que me miraras. Ansiando encerrar la creación entera en un sólo átomo para mostrarme condensado a tus ojos y a los de ellos. Para hacer carne lo que en mi espíritu era vida. Reduje las piedras a latidos de mi pecho. Hice calor en mi los árboles y las flores. Te grité: "Ves lo que te doy? Ardo dentro. ¿por qué sigues ahí inmóvil, fría, lánguida, desafiando años, siglos, Y muriendo para quedar perdida en

una quietud de hielo? ¡Oh, criatura de la Tierra! Así sois todos. Inhumanos; crueles; pequeños. Vacíos de cariño, de ternura, de todo. Sólo formáis desiertos y desiertos de árboles secos. ¿Qué esperáis? Y no sé qué hago yo entre vosotros.

Pero ya queda muy poco. Desde mis montañas estoy viendo todo. La niebla que por la parte alta la arropa se ha ido disipando. Se ve con claridad esa otra nube blanca que ellos extienden por el cielo. Hace un momento parecía que iban a atacar, sin embargo no lo han hecho. Quizás porque se preparan mejor. Y esto es verdad. Los veo. Nos están rodeando con mucha astucia a pesar de que muchos no se preocupan de ello. Mientras tanto, a nosotros van llegando nuestros amigos. Ya son casi ejércitos los que nos rodean. El mensaje que portaba la carroza ha sido oído en todos los rincones. Todos están preparados para lanzarse en cuanto yo dé la señal. Por la parte Sur, desde los campos y ciudades, suben hasta mí. Por los otros tres extremos también. Cuánta es la alegría que a mis amigos sacude. Los acontecimientos finales están en marcha y ellos como yo somos felices en este día. Han roto sus cadenas y lo esperaban desde mucho tiempo.

Con precisión, tal como estaba escrito, todo va sucediéndose. Pero de pronto, ellos, quizá sin querer, han cambiado el curso de las cosas. Siguen persiguiendo a Carolina. Milagro ha ido en su ayuda, Han observado lo que con Lolita hemos hecho y su indignación ha saltado, Carolina corre y atraviesa los pasillos del edificio. Milagro la busca desde el otro extremo. Ellos van acorralando a Carolina y no sólo eso sino que han pedido ayuda. Quieren vengarse de mí por lo que he hecho con Lolita, piden ayuda a los que son de su corazón y entonces lo que ocurre me espanta: Desde las ciudades, desde todas esas ciudades bellas que a lo ancho de la Tierra habían montado, surgen mil figuras endemoniadas, Jóvenes y chicas con ojos que sangran y con rostros de diablos gritan y corren desesperados hacia Carolina. Todas son compañeras de Lolita, Basureros de pecados y corazones negros. Me doy cuenta de lo que va a suceder pero ellos son rápidos.

Carolina es hija de las flores y de los pajarillos. Nació en el campo. Lejos de las ciudades. Creció en este escenario y no entró en su alma otro perfume que el que irradia Dios a través de las plantas, la

nieve y los arroyos. El alma de Carolina no es sino la pureza del viento que la rodea y el paisaje que le sirve de cuna. Por eso está tan cerca de Dios. Bueno, cerca no; ella ha jugado con Él desde pequeña. Así es lo que es: Un ángel pequeño y completamente limpio que jugueteaba con los encantos de Dios en medio de este Mundo sin vida. Para ella no existen otras cosas sino Dios. Ese infinito Ser y sus bellezas. Sus dulces bellezas sin comparación con nada de lo que ellos poseen. Debido a la atención de Carolina ha sido por lo que el final de los tiempos no ha llegado antes. Ella y su sonrisa es la complacencia plena de todo el cielo. Por eso aún la Tierra y todos ellos con sus pecados han seguido airando como si nada. Si no fuera por Carolina, estas hijas de rameras que ahora suben de las ciudades para matarla, ya hubiesen sido condenadas hace tiempo.

Pero ¿qué saben ellas de esta complejidad de misterios hermosos y derramando vida por todas partes? Se acercan a ella. Está pasmada. Por primera vez en su existencia ve el mal, el pecado. Está encarnado en carne y hueso en ellos. En figuras muy a la suya y alguna hasta más perfecta físicamente. Esta horrorizada

que estos seres sean los habitantes de las hermosas ciudades. Los que asistían a los colegios para adquirir ciencia y conocer los misterios de la vida y la creación. Los que tenían en las manos, según ellos, los secretos y la fuerza de casi todo lo que existe. Está horrorizada que en las ciudades hayan gestado estos monstruos. Monstruos horribles que no pueden darse en ninguna parte de la creación. En ningún otro lugar estos seres podrán vivir. Toda la naturaleza, toda la creación, los rechaza.

Carolina grita. También Milagro. La han cogido. Lo primero que hacen es desnudarla. Ellos, al ver sus carnes, no pueden resistir. Carolina ve en sus ojos tantas cosas sucias que grita. Grita como no hay palabra para decir. Recurre a todas la fuerzas que en este momento tiene en su poder y resiste. Aguanta y llega un momento en que no puede más. Ellos la cogen, la abrazan, la besan, muerden sus carnes.

- Marrana cochina. Dices que existe Dios para echarnos en cara nuestros pecados. ¿Y tú qué eres; qué eres tú? Que venga Dios a salvarte. Hagamos un fuego y echémosla. Pero antes vamos a aprovecharnos de ella. Es muy guapa.

Milagro la ha abrazado. Las dos sangran. Los amigos de Lolita cogen a Milagro y emprenden con ella una danza diabólica.

- Lo mismo haremos con tu amigo, Habéis venido a quitarnos la paz. Pero no sabéis que hoy tenemos poder para sujetar todo lo que os atreváis a realizar,
- ¿Cómo no intervienes?
Me dice Teresita. Y la verdad es que no lo sé. Los estoy viendo y no sé por qué los dejo. Pero de pronto han llegado a algo que ya no puedo ver. Un escalofrío me pasma y siento que tiemblan los cimientos de todo lo que sois.
- ¡Deteneos!
Grito y mi voz es tan potente e infunde tal miedo que todos, mis amigos Y ellos, y todo lo que se mueve, se paraliza. Se ha detenido el tiempo, la vida y los astros en el Universo. Teresita me mira. Fina me mira. Mis amigos me miran. Ellos, igual. El "Cara gorda" está temblando. De las montañas surgen como muchos ríos de llamas que dibujan lenguas raras en el espacio. No es digno de lo que soy ni ellos se lo merecen que hable en estos momentos. Para que me entiendan tendré que hacerlo a su modo y a Ellos hasta de esto se les debe privar. Pero no puedo. Es tremendo este momento. Las sensaciones

que recorren las venas de mi alma me agarran y no es posible decir qué es lo que soy. Lo que siento. Lo que gusto. ¿Es posible que ante mí y pendiente de mi palabra tenga al Universo entero? ¿Es posible que los hombres, los millones y millones de seres humanos que pasaron por la Tierra, estén pendientes de mi palabra y de rodillas ante mí? ¿Es posible que a ella pueda juzgarla y echarla por toda una eternidad a la vida o a la muerte? ¿Es posible esto? ¿Quién me dice que no es sueño?

Y no lo es. Aunque nadie me crea. Aunque ni yo mismo lo admita. Aunque hasta el mismo Dios haya tenido que escribir para este día, una página muy especial. Es el momento de la justicia, del orden. Ellos tiemblan y yo tiemblo. Pero el miedo que en mí hay no es porque espere algo malo. Es por lo que voy a decir y hacer y nadie, sino ellos , son los causantes de este momento. Aún hay que separarlos de los buenos.

Teresita y Fina recogen a Carolina y Milagro. La suben a mí. Ella, asustada y llorando, nos abraza. Quiere explicarse qué es lo que ha sucedido. Es que ha sido

monstruoso ver hasta qué profundidad el mal hace presa en ellos.

- Destrúyelos, por favor. Que no hagan más daño.

- Sí, hazlo. No tienen derecho a seguir por más tiempo manejando nuestras vidas y ensuciándolas con su lepra. Esto es lo que me piden todos mis amigos. Y mis amigos ahora son muchos. Por fin me alzo; los miro. Me miran. Temen porque sus conciencias no están limpias.

Es todo eso y ya veis: Ellos, los miserables, los pobres, los humildes, los sin cultura son los que ahora piden vuestra muerte. Sabed que Dios es ante todo amor, pero es justo y a vosotros no os va a perdonar. Porque el daño de vuestros pecados ha recaído sobre los pobres y ellos piden ahora que seáis condenados. Que no haya con vosotros misericordia como tampoco la tuvisteis con ellos.

Y a vosotras. "Hijas de papá", mujerzuelas que os pasabais la vida pintarrajeándoos, flirteando desde que teníais diez años, con todos los niños que encontrabais en las calles. Chupeteando caramelos Y porquerías y haciendo mil marranadas con ese don hermoso que se os dio de ser madres. ¿Acaso creéis que esto va a tener

perdón? No basta traer hijos al mundo. No basta y esto es muy hermoso. No basta que améis a un hombre y esto también es muy hermoso. Menos aún basta que os abracéis y os beséis. ¿con qué fin lo hacéis? Sabed esto de una vez: Con Dios no se juega. Y porque Él es inmensamente sin límites, no es justo que hicierais de Él lo que habéis hecho. Cualquier palabra, cualquier acción, cualquier deseo queda eterno en su presencia y porque todo lo vuestro es horrorosamente feo no se os puede perdonar. Se tiene que arrojar todo lo que no sea perfecto y en vuestra mentiras hay mucha maldad. ¿Con qué derecho usabais de las cosas para vuestro gusto si se os había dado sólo para que por ellas subierais a Dios?

- No sigas más. Sean quitados de nuestra presencia.

Dicen mis amigos.

- La mayor desgracia que sobre vosotros cae es no haber luchado para escapar de vuestro propio egoísmo. Lo que hoy sucede está por encima de vuestras guerras y de que lo queráis o no.

Me vuelvo hacia mis amigos y les doy la señal. La estaban esperando. Son millones y como rayos parten en todas las direcciones del Planeta. Ahora tienen

poder para hacer muchas cosas. En segundo llegan a las ciudades. A todas las que ellos han levantado en la redondez de la Tierra. Con un poder que sólo Dios conoce las levantan desde sus cimientos, y como si fueran juguetes de polvo las hacen volar por los espacios. Cerca de mí, en una gran llanura, las van amontonando. Ellos están presentes. Observad con qué facilidad se mueven en nuestras manos y precisamente en las manos de los que para ellos fueron pobres e ignorantes. El gozo de mis amigos es grande. Mucho mayor que el de ellos cuando se drogaban, cuando se emborrachaban, cuando viajaban, cuando refinaban sus planes para darles gusto a los sentidos. Lo que mis amigos ahora gustan es algo puro. Es algo más que mil vidas en la Tierra con todas las libertades, poderes y vicios. Y aunque no lo quieran, esto es. Es y aplasta a todo por más que lo combatan y nunca quieran oírlo.

En segundos sus ciudades han dejado de existir. Sus rascacielos, sus palacios, sus torres. Ahí está todo. Ante ellos y nosotros. Sólo escombro, sólo polvo. Por más que griten, ¿quién va a venir a ayudarles? ¿Fue vana nuestra fe? Sufrimos, pero ahora es recompensada con creces. ¿Fue

acertado su proceder? Gozaron, pero no fueron nunca felices y ahora están apresados.

Mis amigos, porque yo se lo digo, siguen trabajando. Aún no ha llegado el momento cumbre. Todas las máquinas que ellos han construido, todos los aparatos, todas sus bombas, son separadas de los escombros y forman otro montón.
- Jamás nunca trabajé con mayor gozo.

Ya no es trabajo, sólo es gozo. Lo contrario de ellos: Ya no viven, sólo penan. ¿Y Lolita? Es una más perdida en la basura. ¿De qué le sirvió todo lo que hizo? Y ahora, arrancadles todas sus joyas, sus coches, sus vestidos.
Al oír esto quieren huir. Miran al "Cara Gorda" y dicen:

- Que no nos puedan.
Él esto lo estaba esperando. Mientras se mostraban asombrados, "La Nube" ha ido desarrollándose y cargándose de energía. Circunda ahora por completo a la montaña y sigue poniéndose oscuro.

- Sí "La Nube"
Grita Lolita aún agarrada a la materia. Si fuera cierto que ella te salvara, ¿qué sería

de todos esos ríos de amargura que he bebido desde que te conocí esperando tu regreso? Lo viví con resignación y se lo ofrecí a Dios con la certeza de poseer una verdad y no tú. ¿va a resultar que esto no podrá darse nunca? Como tú, mil veces tuve la oportunidad de elegir placeres y no dolor. Con sinceridad te digo, que no sé por qué, mil veces elegí lo contrario de lo que tú y tus amigos y esto sólo me dio dolor y humillación. ¿Por qué? Mi dolor no fue por tu ausencia. Era porque el objeto de mi sueños, el objeto de mi felicidad, no llegaba y porque te veía a ti con tanta sed y te apartabas y apartabas bebiendo tanto veneno. ¿Es acaso que tú vas a triunfar ahora después de lo que sufrí privándome de lo que tú gozaste? ¿Es acaso que el dolor de los pobres tampoco va a tener consuelo?

Tú y tus amigos seguís creyendo sólo en vosotros. En que no podéis morir. En que la esperanza de los demás no sea nunca saciada porque tenéis que seguir viviendo. Qué importan ellos. Lo que interesa es poder vivir a costa de lo que sea. Por eso habéis levantado esta Nube. Va a ser un fracaso como todo lo que no ha ido orientado a Dios. El último de vuestros fracasos.

- A la Nube, Cara Gorda, a la Nube, que no nos roben nuestras joyas.

Grita Lolita y la Nube, controlada por ellos, va a descargar sobre mí y mis amigos. Ha obscurecido mucho. Entre ellos se oyen gritos de júbilo. La Nube empieza a tornarse roja y poco a poco más blanca. Ahora ya se ve algo. El escombro de las ciudades refleja aún más luz.
- Ahora verás lo que es bueno,
Me dice Lolita. Y el Cara Gorda está contando:
- ¡Tres, dos, uno, cero!
- Está ahí, metido en el río,
- Pero ten cuidado. Es terriblemente fiero y sus mordeduras son mortales. La corriente del río baja con ímpetu y las aguas son turbias. arremolinan en el charco con las piedras y los pegotes de juncia. Desde las zarzas del lado izquierdo él ha lanzado un grito de ataque. Corre y se acerca a las aguas. Jesús, mi amigo, lo ha visto todo y sabe qué debe hacer. Tiene que bajar al río y encontrarse con el Cara Gorda, pero es astuto y ladino. Ellos mismos entre sí se matan. Otros corren. Veinte metros para adelante y luego para atrás. No saben a dónde ir, pero corren. Muchos caen de rodillas y gritan:

- ¡Oh, no! Piedad; no cometeré más pecados.

Vuestros pecados hacían daño directamente a los pobres llenándolos de lepra y privándolos de vida. Y en ellos era yo el que sufría. Todo lo que hicisteis a los pequeños lo sufrí yo. Difícil arreglar lo que es de dimensiones eternas.

- No lo sabíamos.

Ya es imborrable. Haga ahora la muerte presa en vosotros como merecéis.

Las llamas y la Tierra se juntan y un temblor grande se oye. Son sus gritos, sus llantos, sus lamentos. El suelo estalla y en todas direcciones saltan como grandes nubes que arden. Por encima de nosotros el cielo aparece celeste. Entre nosotros y ellos hay como un profundo acantilado y paredes de mil figuras de rocas duras nos protegen de su infierno. El Cara Gorda, aún en medio de esta destrucción, nos sigue desafiando. Jesús ha llegado a la orilla del río y va a lanzarse para cogerlo. En este momento le pido que me deje a mí.

- Vuelve tú a nuestros amigos. Deja que yo me encargue de este asunto.

A nuestro alrededor todo arde y se convulsiona. Miles de ellos saltan

achicharrados y gritan. Ni les ha dado tiempo a caer en la cuenta de que es el Final del Mundo. El Final de Los Tiempos. Dentro de unos momentos todo esto acabará y seguirá el Juicio Final y la condenación eterna de todo lo que no fue bueno.

He querido que al Cara Gorda y a mí no nos destruyan las llamas.
- ¿Por qué conmigo no tienes poder para hacerlo?
Me dice.
- Lo que pasa es que quiero verte cara a cara. De hombre a hombre. Para que compruebes, por lo menos una vez, que a pesar de tanto como me dejé humillar por ti, soy más hombre que tú. Vamos a luchar desnudos y sin la intervención de fuerzas sobrenaturales,

Me arrojo a las aguas. Él, ya hace rato que nada en ellas esperando, pero se esconde. Quiere cogerme por el lado que yo menos lo espere. Río abajo ahora circulan las cosas más raras, Nadie sabe de dónde brotan estas aguas ni a dónde van.

Ha pasado media hora.

En el centro del río ha ocurrido todo. No sé explicarme qué ha sido lo que me ha motivado para llevar a cabo lo que ya está consumado. Creo que es algo fuera de los límites de mi propia existencia. Algo donde yo no he podido estar presente sino sólo en potencia. Está fuera de los planes que hay trazados para todo el Universo. En las páginas de los relatos eternos nada de esto se escribirá.

De pronto he oído una voz. Surge desde el centro de todo este infierno enmarañado que arde y se mata a sí mismo.

- ¡Contigo! Por todo lo que existe, sálvame. Tú lo puedes.

La conozco. No me es posible borrarla de ese espacio donde un día se imprimió. Pero me impresiona que aún sea en medio de las dimensiones de lo que ahora existe. ¿Por qué? Y grita y llega hasta mí. Limpia a pesar de los aullidos y oleaje de ruidos y llantos. Pronuncia mi nombre. Es ella, Lolita.

Dice de pronto el Cara Gorda. Esto no lo esperaba. ¿Qué hay entre él y Lolita? Al huir del río para ir hacia el punto de donde manan las voces, cae entre los remolinos de agua. Traga líquido. Pronuncia palabras que no se entienden y da tumbos

enredado en los tentáculos más raros. Por fin sale. Lo veo arrojarse al infierno y no explico qué fuerza le impulsa a ello. De pronto, Lolita se da cuenta de que es él.

- ¡Oh, no! Tú no.

Y como queriendo verme aparecer en los puñados de llama que su boca traga, me llama. Huye de él y me ansía a mí con tanta o más fuerza con que se siente arrancada de la vida.

- ¡Lolita, por favor! Todo se me derrumba y tú aún tienes vida.

Pero me espantas porque tus mentiras fueron muchas y el odio que me enseñaste ahora no me sirve. ¿por qué lo hiciste?

- ¡Ven y espera; te explicaré!

- Explicaciones, palabras. Quizá sea demasiado tarde para que eso pueda algo.

Y sigue pronunciando mi nombre. ¿Qué es lo que le une y a la vez le separa tan fieramente? Lolita me dice:

- ¿Acaso cuando pecaba y erraba para pecar no iba arrastrada por el deseo de encontrar algo que fuera más que yo?

El Cara Gorda la ha alcanzado. Se abraza a ella. De la boca de Lolita salen las cosas más extrañas. Lo que nunca será posible traducir a palabras. Se agita y retuerce

también de un modo muy simbólico. Si fuera posible ver todo lo que corre por su mente con la misma fuerza con que en ella se fragua, ¿qué veríamos? Yo casi lo abarco todo. Pero esto entra dentro de unos designios que por más, nunca nadie sabrá.

- Suéltame y no me toques. Prefiero la muerte, el fuego, los monstruos. Que me traguen, que me destruyan. ¿Para qué sentir y ver si nada tengo y por más que pida sólo se me da tormento?

Y se escapa de Cara Gorda y huye. No sabe dónde pero huye. La persigue; la coge, lucha de nuevo. La aprieta de tal modo que la sangre brota. Empaña las llamas que le rodea y se mezcla con la materia. La tos o sonidos que ahora de su garganta salen corresponden a imágenes más conocidas por la mente que se le dio a la especie humana. Algo de lo que aún corresponde a lo que fu cuerpo de Lolita, ataca. También de él brota la sangre y corre.

"Y si tú supieras, Lolita las profundidades del volcán de amor que en el océano de mi espíritu brota para ti!"

Las paredes del acantilado caen hacia abajo. Sus cimientos no son materia. El pedestal por el cual nos movemos se sujeta en un vacío. Han pasado varios días. Mis amigos están conmigo y ellos y yo nos sentimos rodeados por complicadísimos universos todos llenos de las más perfectas bellezas. Hoy, por ejemplo, hemos andado por la especie de campos que en conjunto forman nuestras montañas. Mis amigos más íntimos: Teresita, Milagro, Carolina, Fina y Jesús me acompañan. Sin saber decir por qué todos hemos acordado bajar hasta el valle. Es un valle que no está en la Tierra. La Tierra ya no existe. Hace varios días que sus propios habitantes la destruyeron y ahora nosotros la contemplamos desde nuestra montaña. Es como el objeto que apoya los acantilados que, desde nosotros, hacia abajo se abren. Y su forma no es materia. Parece un gran desierto de polvillo blanco pero tampoco es tal. El cuerpo de los mortales también forma parte de esta neblina blanca. Lo que en ellos fue materia flota aquí, en un espacio sin límites y sumido en un silencio aterrador. Ellos mismos, su espíritu, esta es otra cosa. Están esperando la resurrección y yo soy el encargado de anunciarla. Amigos míos, de allá y de acá,

también la esperan porque aún hay mucho que hacer y pronunciar.

Ahora bajamos hacia el valle. Aquí en éste hay una casita y yo tengo que llevar un mensaje a una persona que no puedo revelar. Sé que es importante por el bienestar que siento sólo ir allá. Mis amigos toman parte en esta empresa. De tal modo, que si ellos no me acompañan yo solo no puedo ir y menos aún podré llevar lo encargado. Pero ocurre que mis amigos cumplen con su papel con sólo acompañarme hasta la mitad de la distancia que de la casita estamos separados. Si al llegar aquí se vuelven, ya no importa. Yo podré seguir y todo tendrá valor. Bajamos por el montecillo y mientras nos acercamos a la senda vamos charlando de mil cosas que nos hacen felices. Han dispuesto que me harán compañía hasta el final cosa que me satisface. Pero Teresita aún parece como afectada por lo ocurrido.

Lo que vive ahora le parece tan bello que no acepta que sea real.
- Tiene que ser sueño; y lo que menos aún puedo admitir, es que todo esto sea eterno. Sin fin.

Le explico que por más que le cueste hacerse a la idea ha de aceptarlo porque es real.
- Aunque tengas que creer que el sueño fueron aquellos días.
- ¡Pero eterno!
- Bueno, es que todavía falta un poco.
- ¿Y Lolita?

Por la senda hemos llegado a lo alto de una pequeña elevación en el terreno. Unos como árboles altos se mecen un poco más abajo. Desprenden, llegando hasta nosotros, un agradable aroma de frescor y pureza. Pero ellos han observado que junto a la sendilla que llevamos, por entre otros árboles hay no sé qué cosa realmente bonita.
¡Cuánto para sentir la felicidad y entre cuánta pureza!

Y esto lo estoy paladeando en mi alma con inmenso deleite. Pero lo bello aún no ha llegado a nuestros ojos. Aunque parece ser suficiente sólo adivinarlo. Han corrido por el paisaje y cogen toda abundancia de lo que rebosa en mares de no sé qué dicha dulce. Es lo propio. Y de pronto, hemos llegado a los más alto del terreno. No sospechaban el espectáculo. Esto es una de las cosas que a partir de ahora,

Teresita y mis amigos, vivirán sin interrupción: Una sorpresa detrás de otra durante eternidades y todas distintas acompañadas de auténticas sensaciones de felicidad. Venían andando junto a mí; de pronto, se han quedado parados. Miran al frente. La senda baja hacia el valle, pero desde nosotros hasta el valle, lo que así, sin más, vemos, es fabuloso. Maravillosamente fabuloso. Lo estamos contemplando y lo que de verdad es profundo es el sabor que dentro de nosotros gustan no sé qué fibras de nuestro ser. Está aquí: Frente a nosotros y para qué es hay que estar tan cerca de ello como nosotros ahora. Un conjunto de árboles, y no son árboles, nos queman con su belleza. Sobre las hojas de sus ramas, perfectamente fraguadas, se refleja el profundo encanto del manantial. Llega a ellos como un haz de luz pura y suave. Tan blanca que casi no es visible, pero a pesar de su transparencia y brillo no hace daño a nuestros ojos. Al contrario, los acaricia produciendo un profundo gozo.

No puedo en estos momentos olvidar a Lolita. Cuánto yo sería feliz si ella pudiera gozar conmigo de este espectáculo. Sé que ella también sería muy dichosa. Es lo que precisamente buscó con locura toda

su vida y por eso, quizá por no encauzar bien sus deseos, fue donde ahora está. ¡Qué desdicha! La de no poderla ver gozando de este gozo mío. Aunque yo, ahora, no tengo, no puedo tener pena. Lo que siento es sólo un deseo grande de querer hacer participar a ella de este bien que ahora poseo. Por lo tanto, esto es amor.

Teresita y Carlina me preguntan muchas cosas que a ellas se escapan. Es que hoy es Fiesta. Y entonces, todos ellos se animan y van a preparar no sé qué. Aquí, al contraríо de las fiestas que Lolita y sus amigos celebraban, nada está movido por deseos sexuales ni de fama. Todo es sólo por pura belleza. Pura felicidad sin mezcla de ningún instinto desordenado. Al alcance de sus manos ellos encuentran todo lo queso puede apetecer y es necesario para reparar sus deseos. El local, los escenarios y las decoraciones también están aquí. En medio de los paisajes que nos rodean. Tienen mil modelos para elegir y muchos más que por ser tantos y tan originales no pueden examinar.

- ¡Esto es fantástico'

Y tantas las sensaciones y tan seguidas que no es posible agotar el gozo de cada

Una de ellas. A mi alma vuelva Lolita, aquella triste tarde por la Tierra cuando decía: "Hoy hay baile en colegio y mañana tiesta en el club”.

- Parece corno si sólo vivieras para estas cosas,

Le decían sus amigas. Y ella sólo se limitaba a sonreír, Una sonrisa llena de mofa que ocultaba intenciones muy perversas. ¡Dios santo, cuánto me dolía ver en ella este gesto! Y aquella tarde cuando su madre me llamó, Entré en la habitación y me la encontró en la cama. Me mira con unos ojos muy tristes y me dice:

- ¿Dónde está Lolita?

- Allá en la puerta.

Pero no era cierto y ella lo sabia igual que yo. Entre mis manos cogí su cabeza y las lágrimas gotearon silenciosas. Hacia un momento Lolita había estado peleando con su madre porque ella quería ir al baile y su madre no la dejaba.

- Pero mamá, eres mala conmigo. Sólo quieres que esté metida en la casa y que no me divierta con mis amigas.

- Estoy enferma y sufro. Te pido por favor que me acompañes un rato. Es lo menos que de ti puedo esperar después de tanto como he luchado para darte la vida.

Pero Lolita no hizo caso. Poco después dio un portazo y se marchó. Fue cuando me llamó para consolarse conmigo. ¡Qué triste es esto!

Y aquella noche su madre murió. Yo mismo fui a buscar a Lolita. Sus amigas me fueron guiando hasta que la encontré. Estaba en la discoteca rodeada de las personas más raras y completamente borracha. Pensé que al verme me iba a recibir con algo de afecto por el gran cariño que la tengo, pero lo que hizo fue retirarse a carcajadas limpias, irse hacia un rincón y en las rodillas de uno de sus amigos, siguió riendo. Lleno de odio, sin rodeos le dije:

- Tu madre ha muerto. Está sola en tu casa y te llamaba antes de irse.

Pareció como si no oyera las palabras que le dije, Recostó su cabeza en el hombro del que la tenía cogida y siguió riendo con los ojos mirando las luces del techo.

- ¡Eres tonta! ¿No oyes lo que te está diciendo?

Le decían sus amigas. Entonces me acerqué a ella; la cogí por los cabellos y con no sé cuánta energía descargué un fuerte bofetón en su cara. En la hermosa cara que tan hondo llevo grabado en mi

ser. Ni reaccionó. Siguió riendo y no sé cuánto rato. Salí de aquel local y fui a su casa. Durmiendo junto a la fría cara de su madre me sumí en un sueño amargo que nunca olvidaré. ¿Por qué hacía esto? Yo sabía que algún día iba a recibir su castigo y aunque no me cansaba de advertírselo huía de mí para no encontrarme.

Ahora está ahí: Muerta con todos los seres de su Planeta y reducida a polvo. Yo no he muerto. Llevo ya aquí mucho tiempo. Ella lo sabe y también sabe que dentro de poco la voy a presentar al Juicio Final. No podré apelar por ella porque hizo mucho daño mientras pasó por la Tierra y esto no es tan fácil borrar. ¡Cuánto me gustaría que compartiera conmigo todas las cosas buenas que ahora tengo!

He bajado casi hasta el valles. Mis amigos ya no me acompañan. Lo hicieron hasta medio camino, que era lo convenido y luego ya se volvieron. He sido yo el que se lo ha pedido para que se lo pasen bien preparando lo que Carolina llama fiesta. Yo sigo solo. ¡Qué gozo sentirme dueño de todo lo que veo y toco! Sentirme libre, inmortal. Sobre el valle cae un haz de luz y la casita aparece a mis ojos. ¡Qué bello es esto! Los árboles, el monte, el azul claro

del espacio que lo arropa, el frescor de la brisa y el haz luz que no puedo decir de qué color es ni de dónde procede. Se acaba la senda y piso tierra que corresponde al valle. Ha llegado el momento en que no puedo decir qué veo ni siento. Para decir estas últimas palabras, me he detenido. Y ahora voy a entrar dentro de algo que no puede definirse ni comunicarse y por lo tanto voy a guardar silencio. A dejar de ser aunque sigo siendo. Volveré porque aún queda mucho que hacer. Avanzo un paso más y guardo silencio.

¡Oh, río que corres por mi corazón; qué limpias son tus aguas. Nos besamos y abrazamos aquí, delante de todos. Como corres y lloras. Bueno, no lloras, ríes conmigo y eres como yo, o mejor, los dos somos uno. Y ellos, esos hombres pequeños que ahora son polvo, esperando mis palabras, no me aman.

No me amaron nunca, a pesar de que dicen que son buenos. Me despreciaron y fue porque condené sus pecados. He estado con ellos y me aborrecieron, me odiaron, me mataron.

¡Oh, Río que corres por la Vida y eres Vida. Lavas la Tierra y dejas en ella tu propia transparencia, pero a pesar de eso no te manchas. Eres limpio como yo. ¡Blanco caudal de mi alma que te besa! Déjame dormido entre tus flores, entre tus rocas, entre tus árboles. Quiero besarlos para que sepan que los amo. Sería como ellos si no lo hiciera. Los llevo dentro con la misma fuerza con que tú los abrazas.

La Fiesta está a punto de estallar. Teresita y Carolina han sido las que más ideas han aportado y ahora se sienten felices. El recinto preparado es precioso. Yo he vuelto y ellos han salido a mi encuentro para decírmelo. Ahora, volamos por el espacio. No sé cómo ni de qué manera, pero bajamos desde las tierras altas hacia los paisajes donde se han montado los escenarios. Mientras vamos avanzando, sin prisa ni inquietud de ninguna clase, una suave brisa nos roza. Pasamos por encima de una cordillera cubierta toda de blanco. Baja desde otro pico más alto, en forma de almohada y cada vez su altura es menor hasta que queda confundida con los jardines. En su centro tiene como una mecedora y por la parte que da a las tierras altas corre un río, Al llegar donde la cordillera se hace llanura el río se extiende

y riega las verdes extensiones de jardines. Luego, las aguas van girando hasta formar casi un amplio llano. Por esta parte todo va aumentando de belleza y extensión. Hemos pasado por lo alto de la cordillera. Volamos por encima de este fabuloso vergel. Y me asombro. Me asombro que Teresita y Carolina, con todos mis amigos, hayan tenido un gusto tan exquisito dando vida a lugares tan bellos.

Una especie como de ciudad, con millones y millones de kilómetros en todas las direcciones, brota a orilla de las aguas; entre los jardines y bajo los más variados árboles. El color y figura de las paredes que forman las casas y tejados es como de cristal aunque parecen diamantes y no es nada de esto. Sino como viento o como luz o flores. Las calles, las avenidas, las fuentes. Todo existe y sin embargo, al tocarlo parecen como si no fueran de materia y aunque siguen siendo, se transforman como en complicados y gigantescos universos. Todo aquí es de dimensiones tal que no tienen fin. Nosotros, gracias a nuestras cualidades de volar y trasladarnos hacia el punto deseado, podemos gozar de mil cosas a un mismo tiempo. ¡Cuánto ahora yo me felicito de no haber hecho todas aquellas

cosas sucias que hacían ellos! Por eso gozo de algo tan bello. Ellos estarán privados de esto para siempre. Ni imaginarlo se os concederá. Pero antes de poner en marcha la Fiesta, antes de dar libertad y beber con Plenitud todo este mundo de fantasía, vamos a llamarlos.

Hemos volado hasta atravesar la muralla de nuestro valle. Me acompañan muchos. Estamos sobre el caos de lo que fue la Tierra y sus Habitantes. Un viento fuerte sopla y silba como produciendo lamentos. Muchos juegos de luces, de tonalidades, de ruidos, de temperaturas, aparecen y desaparecen, a lo ancho y largo de este también sin fin espacio. Aquí entre nosotros, está la presencia del mal; de lo feo; del Diablo. Espera que la resurrección se alce para llevarse a sus presas. Y ellas son muchas. Este escenario no es ningún lugar. No puede serlo. Mis amigos y otros que van a resucitar están deseando verlos para ahogarlos. Para asfixiarlos y arrojarlos al lugar del cieno y que su presencia deje ya de afear lo que es perfectamente bello sin tacha. Alzo mi voz y digo:

- LEVANTAOS, POLVO. RESUCITAD, YO OS LO DIGO, Y VENID A MI. HA

LLEGADO LA HORA DE SACAR LO OCULTO A LA LUZ Y DE DAR A CADA UNO SEGUN OBRÓ.

Lo primero que se oye es un grito de terror. Un grito intenso y hondo que pasma. Son los condenados. Ya, antes de que para ellos suene la sentencia, saben lo que les espera. Terrible es este momento. Ahora, los que un día fueron pobres allá en la Tierra, odian a los que fueron ricos. Los primeros se levantarán y llevarán a los segundos hasta perderlos de vista en su recuerdo, allá a los tormentos más atroces. Los ricos son culpables de ello. No por haber sido ricos: Por hacer mal uso de las riquezas que no les pertenecían y tuvieron en sus manos. Se le dio más y ahora se le va a exigir más estrechamente. Tampoco, los que fueron pobres, son culpables de lo que ahora van a hacer. Por causa de aquello que torció la rectitud de las cosas muchos hay tarados y para mucho tiempo. Algo superior a ellos está gritando. Quieren venir a la vida. Han sido creados para ser y nada puede impedírselo. Los que son mis amigos, son los pobres. Por un momento se van a convertir en algo terrible. ¡Pobres seres estos! Vendieron su felicidad eterna por un

momento de gozo y he aquí que se han ganado el odio de todo lo que es creado.

Surgen del polvo y en ejércitos grandes me miran. No saben qué hacer. No saben dónde ir.
- Acercaos. Mirad bien a los que os voy a mostrar.
De una manera perfecta, ante sus ojos, pasa todo lo malo que hicieron. El daño causado por su egoísmo y la cantidad de cosas bellas que destruyeron.

- No lo sabíamos.
Sin embargo, ya está ahí. Ellos os pidieron cada día pan, el frío y desprecio de vuestro poco amor, No los escuchasteis.
- Pídenos lo que quieras a cambio y lo haremos.
- Ya no es posible.

- Es porque no tienes poder. Si nos condenas sin darnos una oportunidad te mostrarás como un Dios injusto. Un Dios sin piedad.
Al oír esto mis amigos han lanzado el grito. En multitudes grandes caen sobre ellos.
- Malditos seáis porque aún aquí seguís fabricando mal en vuestras mentes. Vais a morir como merecéis.

Los coge por el cuello y gritan con increíble miedo.
- A manos de los pobres. En tas manos de los que fueron vuestros.
En este momento se oyen y ven muchos miles de demonios.
Danzan alrededor de los que fueron ricos y hasta ayudan a mis amigos a ejecutar a las víctimas.

- Son unos asquerosos. Ni tuvimos que luchar con ellos para que nos aceptaran. ¡Matadlos, matadlos! Ya no morirán; no podrán morir nunca.
Todos los proyectiles de guerra, todas las máquinas que inventaron y aviones, van a ser aprovechados. Antes de la destrucción de la que fueron rescatados de ésta. En estos momentos forman como un gran planeta que viaja por el vacío hacia rincones donde nunca habrá luz ni aire puro. Dentro de su masa sólo hay descargas eléctricas, energía atómica; pólvora, acero e hierro. Todo se mezcla, arde y estalla de la manera más rara.

- Arrojadlos a ese lugar. Es el paraíso que ellos mismos se labraron.
Les digo a mis amigos.
- ¡No Io hagáis, por favor!

- Para que de una vez aprendáis que la ciencia sin Dios sólo sirve para hacer mal.
También todas las joyas, las piedras preciosas, las monedas que servían de dinero, forman otro planeta raro. La dirección que lleva no es fácil especificarla. Sólo que en las regiones en que anclará no habrá sino mucho dinero. Mucho oro y muchas joyas. La gente que aquí se embarque sentirá hambre y sólo tendrán piedras preciosas, sentirán sed. Gustarán de deseos de naturaleza y flores y a pesar de ello sólo se les dará joyas y dinero.
- Estos otros arrojadlos aquí. La mayoría de los que aquí caen son mujeres y un número muy grande de ellas jóvenes y muy hermosas.
- ¡Por favor, no!

- Para que sepáis que las joyas y el dinero no os hacen más sino lo contrario: Pueden conduciros a la muerte para toda una eternidad.
Con indecible furia mis amigos arrojan a este lugar a montones y montones de desgraciados seres.

Para el "Cara Gorda" hay un mundo distinto a estos dos primeros.

- Tu único deseo formal es mandar, reinar. Se te va a conceder.
Y en el centro de este planeta, que es grande, en un trono con todas las perfecciones que se pueden soñar, mis amigos sientan al "Cara Gorda". En estos momentos es atacado por una fiebre devoradora de mandar y empieza a gritar:

- Tengo hambre. Traedme un cerdo asado y vino del mejor. Pero nadie le obedece. Y él, no podrá moverse en siglos y siglos. Y aunque todo a su alrededor estará siempre lleno de apetitosos manjares, jamás podrá saciarse. Parte de nuestra presencia y huye hacia la noche de la amargura, soledad y silencio.

Su planeta surca el vacío en dirección completamente opuesta a los que ya han sido arrojados al infierno. Sólo él lo ocupa. Mientras se aleja, se le oye pronunciar sus consejos, sus discursos y sobre todo pedir con desesperación que se ejecuten sus órdenes. Este será su eterno tormento.

Cantidades enormes de escenarios siguen surgiendo y arrojados cada uno hacia los puntos de tormento que les son asignados. En ellos van embarcados los que deben

sufrir. Los que de una manera u otra sólo hicieron de la vida en la Tierra un lugar de placer y deleite para sus instintos. Surge de pronto, con fuerza y terrible, un mundo horroroso.

- Echad a él todos los que fueron cerdos haciendo pecados deshonestos.

De las figuras horripilantes que pueblan la superficie de este mundo mana un olor horrendo. Las aguas de sus ríos están podridas. Los pantanos y los manantiales igual. Ellos, como allá, en sus días desgraciados, arden en grandes deseos de hacer mil porquerías. Pero ahora ya no podrán saciar jamás. Todos sus miembros están podridos. Comidos por repugnantes gusanos. Gotean asquerosos líquidos color sangraza. ¡Qué peste echan! ¡Qué asco verlos! Gritan revolcándose y quieren saciar pasión, pero a la vez se repugnan a sí mismos. He aquí su tortura sin fin. Y para siempre si esperanzas. Como todos los condenados. Blasfeman contra mí y se muerden entre ellos.

- Debe ser terrible el pecado cuando esto se hace.

Dice Teresita.

Mis amigos acaban de vencer. En una batalla feroz han aniquilado a los ricos. Los que hicieron tanto mal. Pero llega el momento que no quisiera ver. Aparece

Lolita. Sola, DESNUDA ANTE LA DESOLACION Y LA FELICIDAD. Más de la mitad de lo creado la odia. El resto la ama.

- Y Tú, criatura, ¿contigo qué se va a hacer?

Me mira y no dice nada. Pero sin embargo me parece que le oigo pronunciar: "Si de verdad me amaste y me amas, ¿por qué los haces?”

Io abismos de luz y tinieblas! Oírte decir esto no lo resisto. Bien es cierto que me has torturado mil veces desde que te conocí a tus nueve añitos. Me diste a beber muchos ríos de dolor. Ni los años pasados ni la misma muerte pudo destruirte en mi corazón. Y por eso ahora, Lolita querida me sometes a tan horrenda tortura. ¿Cómo voy a condenarte y separarte de mí toda una eternidad? Y sin embargo lo quieres.

Es que fuiste muy mala, Pero te amo con ese amor que es más fuerte que la misma vida. Quisiera verte feliz. Que gustaras este profundo placer que yo gusto. ¿Por qué te dejaste conducir tan erradamente?

- No me tortures más y si de verdad me quieres, ayúdame.

- ¿Qué he de hacer yo ahora? ¡Oh cielo santo! Si no te hubiese amado ni conocido nunca me sería fácil condenarte por tus pecados, pero no podré hacerlo jamás.

Líbrame Tú, Señor, y arrójame a las profundidades del infierno para que a cambio ella goce de la felicidad que siempre quise darle. Yo, aunque eternamente sufra, seré feliz porque la seguiré amando, Es lo único que amé en la Tierra y bien sabes que con profundidad. A pesar de no haber gozado jamás de su presencia ni sentirme amado por ella. Concédeme que aún siga aunque estemos separados por abismos. Es así como la amo. Sin esperar de ella nada,

Ahora no logro sabor qué ha sucedido, Vagamente recuerdo algo, Apareció un cielo oscuro; inmensamente oscuro. Sentí mucho frío. Un frío fuerte soplaba y lluvias heladas y grandes cayeron. Una de las sensaciones quo con más fuerza me agarró era la de sentirme solo. Dentro de un mundo helado donde la lluvia cae y cae. Lo que pasó después no lo recuerdo. Tampoco puedo saber cuánto es el tiempo que llevo aquí, cuándo saldré ni a dónde iré.

Eso sí, sé que saldré. Aún sigo sintiendo deseos de liberación y en esto me apoyo para saber quo no puedo decir qué es lo que hago, como lo digo ni describir el lugar que me contiene. No sé por qué, pero no puedo, Estoy aquí y soy, Sé que mis amigos y ella se han salvado. También que ellos están condonados. Yo no lo estoy. Aunque tengo muchas privaciones. La sigo amando, En ocasiones me atorra pensar qué es lo que hay encerrado en ese amor que le tengo. Lo que de él ha resultado es bárbaramente misterioso Y profundo. Ahora existe con esa perfección con que siempre la soñé. Puedo pasear gozando ciertas delicias. Algún día se me concederán otras, Si tú me oyes, Lolita, perdóname. No fui el culpable de haberte amado tanto ni de que todo haya sucedido así. Es que en tu Tierra
había muchas cosas muy mal organizadas. ¡Malditos sean ellos eternamente por todo lo que con sus pecados han desencadenado! Hoy, tú y yo y todos mis amigos ya estamos liberados de su opresión para siempre. Pero tenía que suceder así porque esta era mi esperanza. ¿De qué otro modo podría escapar de sus garras y llegar a ser lo que mi alma anhelaba? No pudieron robarme tu amor y menos aún mis esperanzas.

Espera un poco y no tardaré en estar junto a ti y gozar de todo ese estado de belleza que mis sueños me anunciaban.

Ha pasado no sé cuánto tiempo. Estoy ahora junto a Lolita. Libre ya por completa de cadenas. Existo tal como mi esperanza lo soñaba.

- ¡Y pensar lo mucho que ellos te dijeron que no eras!
- Si los hubiese creído estaría donde ahora están. ¡Qué satisfacción ver que no me equivoqué! ¿De qué les sirvió privarnos de vida y buscar saciar sólo su egoísmo?

Estaba todo preparado para comenzar la Fiesta. Me acerqué al teclado maravilloso. Imposible de describir. De sus notas comenzaron a salir melodías. Mágicas melodías jamás oídas ni comprendidas por ningún mortal. Multitudes inmensas se acercaban.

- Toca sin fin; es sin tacha bello.
- Ellos me decían que sólo era polvo y me prohibieron mil veces que tocara porque me creían un patán ¿Qué es entonces lo que ha ocurrido? Ellos y su ciencia pasaron pero mis sueños y mis esperanzas permanecen dándome vida

junto a ti; ¿Quién se atreve a decirme que no es cierto?

EL SUEÑO DE SONIA

Subieron hasta lo más alto del cerro. En él, loma adelante, una pared dividía las fincas. Al lado derecho, hacia el saliente, toda su ladera, hasta el valle, llena de monte alto y espeso. En el valle, entre muchos árboles, estaba el cortijo. En él vivía Sonia. Tenía doce años. Vivía allí desde hacía cinco. No tenía padres. Los dueños de aquel cortijo la tenían recogida. Ahora, ya que era mayor, no iba al colegio. Tampoco a la ciudad. Ella era la que limpiaba, barría, fregaba la casa. Nunca había salido de aquel valle.

Al otro lado del cerro, en un valle algo más grande, había varios cortijos más. En uno de ellos trabajaba Pepe. Fátima y Jesús, en otro próximo. Los tres eran de familias pobres que vivían en el pueblo. El pueblo estaba mucho más cerca del cortijo de Pepe que del valle de Sonia. Pepe y Jesús muchas tardes se habían juntado y en la era del cortijo de Pepe jugaban los cuatro. Pero la familia que acogía a Pepe no era partidaria de esto.

- Pierdes mucho tiempo y lo primero es cumplir con tu deber.

Le habían dicho ya muchas veces. Pepe cumplía dieciséis años. Estas cosas le sacaban de quicio. Realizaba puntualmente todos los días los deberes que le encomendaban. Y se preguntaba por qué motivo no podía gozar de la vida simplemente juntándose con sus amigos para jugar. La respuesta la había encontrado: No querían que jugara con niños por mantener una tradición. Ellos jamás habían tenido niños y decían que los niños rompían la seriedad. Pero Pepe, en su interior, se revelaba y buscaba un camino para escapar de aquella situación. Con el mayor inconveniente que tropezaba era con su pobreza. Sin embargo, a base de dar vueltas en su imaginación había logrado encontrar algo que le satisfacía: En sus ratos libres escribió varias aventuras que según él eran muy bonitas. Soñaba con tener un día un tomavistas y realizar preciosas películas. Los guiones los escribiría él mismo. Pero el primer problema estaba en conseguir dinero. Los artistas también los tenía ya. Serían sus amigos y él mismo llevaría a cabo los ensayos. El día que contó esto a sus

amigos se entusiasmaron tanto que dijeron:

- Cuenta con todo lo que podamos ahorrar.

A partir de este día, todos, ilusionados, buscaban cómo hacer real aquel sueño.

En la casa de Sonia había un viejecito que una tarde murió. Como había sido muy amigo de Sonia, cuando estaba en trance de marcharse a la otra vida la llamó y le dijo:

- ¡Hija mía! , sólo a ti, porque has sido muy buena, voy a confiar el único tesoro que poseo en esta tierra.

Y entonces, reveló a Sonia que allá, en un arroyo cercano al cortijo, tenía escondido un número grande de monedas de oro.

Sonia, una de las tardes que subió a jugar con Pepe, contó a éste lo que el viejecito le dijo.

- Además, llevo tres noches seguidas soñando con él y sé el lugar exacto donde está.

Esta noticia llenó a Pepe y a sus amigos de alegría. Pero sabían que tenían que actuar con cautela para no dar lugar a que ELLOS sospecharan.

- Dentro de cuatro días los dueños de mi cortijo se marchan a la ciudad. Quizá sea

una buena ocasión, pero aún no sé el tiempo que tardarán en volver.
Dijo Sonia.
- Nos veremos de aquí a cuatro días en lo alto del cerro donde las paredes dividen las dos fincas.
Dijo Pepe. Todos fueron conformes.

Por eso esta tarde cuando aún quedaba un poco para oscurecer, todos, menos Sonia, habían subido hasta el cerro. Era casi invierno. Allí en lo alto el viento era muy fuerte. Anduvieron un poco pared abajo hacia el valle de Sonia. Esperaban que ésta llegara. Para llegar hasta allí, Sonia tenía que atravesar un gran bosque y andar casi dos kilómetros. Los animales salvajes que poblaban aquel lugar eran peligrosos.

Pero Sonia, con gran alegría para sus amigos, acudió a su cita. Dijo que sus señores volverían al otro día sobre la una de la tarde. Hacia las cuatro tenían pensado subir al cortijo de Pepe y Jesús, para marchar a la ciudad, todas las familias juntas, por tres días.
- Tendremos tiempo para buscarlo y regresar.

Sonia mostró su deseo de volver aquella misma tarde al cortijo.

- Imposible. Ya es casi de noche.

Los cuatro se quedaron en lo alto del cerro. Para librarse del frío encendieron un fuego.

Durante las horas que siguieron, sintieron los lobos aullar y el viento silbar al estrellarse en los árboles. Al rayar el alba, Sonia partió. y los demás también. Quedaron en juntarse nuevamente por la tarde, pero esta vez en el cortijo de Sonia. Todo se cumplió tal como Sonia había anunciado,

Con dos horas de sol, Jesús se juntó con Pepe y Fátima en el cortijo de éste y luego subieron. La emoción ardía en el pecho de Pepe. Ya en el lugar donde hicieron el fuego la noche anterior miraron hacia abajo. En el fondo del valle se ve el cortijo de Sonia. Decidieron, en lugar de bajar por el barranco donde la senda era borrosa, por la cascada del arroyo. El monte por allí era menos espeso y aunque daban algo más de rodeo, esperaban adelantar tiempo. Dispusiéronse comenzar el descenso cuando hasta ellos llegó el ruido de muchos animales. Era una manada de ovejas que subía arroyo arriba desde el

valle. Temieron ser descubiertos por los pastores y apartándose hacia un lado se ocultaron. Pero ocurrió que Fátima tropezó con unas matas. Saltó hacia ella una culebra y enrollándose en un brazo la mordió. Dio Fátima un grito y sus amigos acudieron en ayuda. La cara de Fátima se tornó amarilla y casi mareada yacía en el suelo.

En aquella situación esperaron, con el mayor sigilo que pudieron, a que las ovejas pasasen. Después, Pepe decidió que Jesús regresara con Fátima. Él iría hasta Sonia y contaría lo ocurrido.

Ya casi oscurecía cuando Pepe llegaba a Sonia. Al saber lo de Fátima se puso muy triste. Quiso desistir de la empresa programada. Pero Pepe dijo:

- No, Sonia, no. Lo ocurrido ha sido culpa de ELLOS. Por prohibirnos, sin motivo, que nos juntemos. Si a Fátima le ocurre algo me volveré loco.
- Por eso hemos de seguir.
- Tenemos que librarnos de esta situación y no permitir, por más tiempo, que nos sigan explotando y tratando injustamente.

Sonia comprendió y así, al día siguiente, pusieron mano a la obra. Llegaron hasta el arroyo y poco tiempo después, Pepe logró desenterrar el tesoro. Era una caja grande. Dentro, muchas monedas y otras piezas pequeñas de oro. Les parecía vivir un sueño. ¿Cómo iban a emplearlas para que todo fuera por los caminos debidos hasta conseguir el deseo que Pepe albergaba? También les preocupaba de qué modo guardarlas. Pero sobre todo, en aquellos momentos, se acordaban de Fátima. ¿Qué le habría sucedido?

Poco después, contaron El tesoro. Conforme con Sonia, hicieron cuatro partes. Una para cada uno. Aquella misma tarde, Pepe regresó al cortijo. Llevaba con él su parte y la de sus compañeros. Quedó con Sonia en que le enviara noticias de Fátima en cuanto fuera posible.

Cuando Pepe llegó era de noche. Quiso saber de Fátima pero estaba con Jesús. Aquella noche, la más terrible que hasta entonces había vivido, dio muchas vueltas con su mente e hizo muchos planes. A intervalos se acordaba de Sonia y luego de Fátima. Cuando amaneció, una idea tenía muy clara: En cuanto le fuera posible iría al pueblo o a la ciudad y compraría la

máquina. Luego, por las tardes, ya se las arreglaría de algún modo para juntarse con sus amigos, comenzar los ensayos e imprimir las primeras películas. Ahora ya, no sentía tanto miedo de que sus señores le regañaran. Nadie podía oponerse a su plan. Pero cuando horas más tarde llegó a Jesús, se encontró con algo no previsto. Fátima había muerto. Jesús la había puesto en la cama y deshecho lloraba. La culebra que la mordió era una víbora.

La noticia en los dueños de aquellos cortijos causó gran confusión. Pepe se declaró culpable.
- Los invité a jugar y entonces ocurrió todo.
Los señores de Pepe se enfadaron mucho. Según ellos, todo había ocurrido por romper las reglas prohibidas. Y además, para afirmar que la razón estaba de parte de ELLOS y no de Pepe, aquel mismo día fue despedido éste y se le prohibió que pisara más aquellas tierras. Los sucesos no podían ser más angustiosos para Pepe y sus amigos.

En el pueblo, con gran dolor, se llevó a cabo el entierro de Fátima. Los padres y también Pepe estaban muy tristes. Pero nadie había tenido culpa de nada. Aunque

sí: Para Pepe los culpables eran los dueños de aquellos cortijos. Por eso, a partir de este día, envenenado por la pérdida de Fátima, luchó con energía. Devolvió a Jesús y Sonia el dinero que no le correspondía y dijo:

- Me voy a marchar del pueblo pero os juro que volveré algún día triunfante. Tengo que decir a ELLOS que valgo más de lo que de mí quieren

Desobedeció a sus padres y se marchó del pueblo. Allá en la ciudad se instaló. Y no, no vivió desordenadamente ni malgastó el tiempo. Con prudencia y valentía fue poco a poco reuniendo todo lo que en su plan tenía anotado. Preparó los guiones; reunió un grupo de amigos todos pequeños y rodó sus películas. Las primeras.

Pasaron los años. Con su astucia y talento fue abriéndose camino. Poco a poco iba llegando a la meta que en sus sueños había trazado. Sus películas iban propagándose a través de todos los países y sus guiones por muchas cadenas de televisión. Él no hablaba de ciencia ni de guerra ni de aventuras. Sólo de historias parecidas a ésta que leéis. El dolor y la miseria de la vida le había curtido a la

realidad de las cosas. Ya desde pequeño tuvo conciencia de esta energía. Por eso luchó hasta encauzarla. Logró para él y la Humanidad una riqueza grande.

Años después volvió. Sonia y Jesús aún vivían en aquellos valles. Seguían siendo lo de antes y esperaban. Esperaban que Pepe un día volviera, cumpliendo así la palabra que les diera al marcharse. Pepe volvió. Su regreso fue inmensa alegría para sus amigos.

- Pero qué pena que Fátima no pueda compartirlo con nosotros.
- Sí, Sonia, sí. Ella sabrá que nunca la olvidaremos.

Pepe, entonces, abrió un bloc. En letras grandes leyó Jesús: "EL SUEÑO DE SONIA".

- ¿Qué es esto?
- El guion de la primera película que con vosotros voy a realizar. Está dedicada a Fátima. Nunca pude olvidarla.
- ¡Qué alegría!

La alegría que Pepe dio a sus amigos fue grande. Luego, realizó la película y todo el mundo supo y recordó eternamente a Fátima. La niña pobre que dio su vida por una ilusión. Pepe ahora la inmortalizó e

hizo que fuera conocida en el mundo entero.

DOS DIAS DE REINA

Es indecible mi dolor. Se clava no sé qué uña y me deja sin aliento. ¡Esta tierra, Dios mío, esta tierra y sus cosas!

Durante mucho rato incansablemente buscaron a Laby. Por fin lo hallaron. Entre unas rocas. Atascado en monte, troncos y fango. Día tras día, todas las mañanas la he visto pasar. Por la calle que va desde su casa al paseo. Iba muy hermosa. Cada día un vestido. Un peinado. Collares distintos. Su cara embadurnada con mil ungüentos. Sus andares eran orgullosos. No de quien está seguro de poseer un tesoro. De lo contrario. De quien se sabe vacío y quiere ocultar

- ¡Vaya tipo!

Y al pasar toda la calle se volvía a ella. La miraban entre mil deseos. Era lo que pretendía.

Tiene treinta y cinco años. Aún ostenta el título de la más guapa de la ciudad. Se casó hace unos pocos. Vive en el centro. Su piso es muy lujoso y también la casa que posee en las afueras.

Los niños estaban jubilosos. Se disponían a comenzar el día. Eran seis. Desde hacía unos meses realizaban una gira a través de varios países. Era por la mañana. La cueva estaba en lo alto del cerro. Contemplaban el paisaje. El viento tiraba fuerte del puñado de árboles. Por debajo de ellos, José vio a Esteban. Al otro lado del cerro pasaba la vía del tren. Más lejos, sobre el enorme cerro gris lleno de pinos, las esbeltas torres de un castillo blanco. El viento las doblaba. El castillo, emergía mágico. Por entre los pinos. Enredado en una gasa de luz misteriosa.

- ¿Qué guardará?
- No lo sé, pero es tan bello que sólo para contemplándolo me quedaría aquí mucho tiempo.

Salió Susana de la cueva. Se acercó.

- ¿Dónde está Lef?

Preguntó Estaban.

- Parece que duerme. Aunque creo que está algo enferma.
- ¿Qué le pasa?
- No sé.
- Si queréis puedo acompañarla hasta el pueblo más cercano. Quizá convenga que la vea un médico.

Hacía mucho viento y era frío.

- ¡Qué día más raro el de hoy!
- ¿Sabes lo que parece?

Dijo Susana. José la miraba.

- Uno de esos días en los cuales uno no es ni cuerpo ni espíritu y sin embargo se siente el gozo de estar perdido en el mismo gozo que el alma exhala.

Allá, a lo lejos, en el lado contrario hacia el que se doblaban las torres, sobre el valle mucho más bajo que ellos, emergían ríos de montañas. Se perdían en el horizonte azul. Eran grandes, pero por estar muy lejos se veían muy pequeños. Como arrugas de tierra. Por encima de ellas una nube ancha con un núcleo azul. De esta nube y de la montaña manaban los caños de viento.

Susana cortaban trozos de palos. Para hacer fuego.

- ¿Qué comerá Lef estando enferma como está?

Al sentir la belleza que el alba derramaba sobre aquellos campos Esteban dijo:

- ¡Oh, qué día, Lef! Si no fuera porque lo estoy sintiendo, nunca creería que Dios fuera tanto. Aquí, a mi lado, muy cerquita, te tengo. Duermes sobre las flores desde las cuales Bailarina voló aquella noche que las montañas se vistieron de blanco.

Allá está el arroyo y su pozo. Junto a la higuera de hojas anchas. Junto a mi pueblo derribado. Cerca crecen los rosales• Los que dan, al llegar la primavera, rosas blancas. ¡Cómo me gustaría ir a verlos! Y cortar sus flores para traérsela a Bailarina. Pero ella duerme en la brisa en un capullo verde. Ya nadie la besará. ¡Oh, mi pueblo! cómo Podré yo olvidar sus calles y ahora tú llenándolas.

Caían mansamente unas gotitas. Todo había ocurrido la tarde anterior. Poco antes de ponerse el sol, se acercaron a la ciudad. Por esta parte ELLA tenía su casa. La espléndida casa de jardines fabulosos.
- ¿Quién la habitará?
- Quizá sea una reina.

Todo por allí estaba desierto. De pronto, una manada de muchos perros se lanzó hacia ellos. Salían de aquella casa. Los niños, aterrados, corrieron. Por las calles. Nadie salía a defenderlos. Los perros los alcanzaban.

Un poco a las afueras estaba el río. A sus aguas se arrojaron. Entre las rocas y los muros del puente se ocultaron. Sudaban. Temblaban sus manos. Latían fuertes sus pechos. Los perros, durante rato,

merodearon aquellos lugares. Dos horas después salieron de las aguas. Bailarina no estaba. La buscaron. Tendida en unos charcos de barro la encontraron. Estaba muerta. Los perros la habían destrozado.

- ¿Por qué?

Dijo Lef. Y lloró. Ya de madrugada subieron hasta el cerro. En una cueva se acurrucaron. Hoy, al despertar el día, en la mente de ellos había muchas cosas. Muchas cosas que descubrir. Muchas cosas que arreglar.

Seguía lloviendo. Las gotitas lavaban el verdor de los campos. Esteban fue hacia la cueva. Lef lo había visto. Se escondió tras unas rocas. Al pasar frente a ella se lanzó.

- ¡Guuaaauuu!
- ¡Ay!

José y Susana rieron. Beatriz lo había visto todo. Se reía. Igual Lef. Cuando Esteban se dio cuenta, también se rió. Luego, todos se miraron y guardaron silencio. Aquella mañana bajó a la iglesia. Igual que todas las mañanas. Iba enfundada en un abrigo de lujosas pieles. Hacía algunos años, en un concurso de belleza la eligieron reina. A partir de aquí

no le fue difícil ser famosa y ganar mucho dinero.

La madre búho arropaba a su polluelos blancos. Cerca de los niños, en una roca. Los niños bajaron del cerro. Hacia el río. Esperaban encontrar a Laby. Era un perro blanco muy amigo de Lef. No hacía muchos días el río había bajado muy crecido. Por todas partes agua, barro, monte.
- No os acerquéis. Está embrujada.

Las voces le habían llegado del otro lado del cerro. Hacía rato que bajaban. Estaban cansados. Llenos de barro.
- ¿Quién es?
- Es mi madre. Dice que soy un idiota. Pero no es cierto. es ella la que está embrujada.
Los niños lo miraban extrañados.
- Hace casi un año que me llevó a pasear con ella a una de sus fincas. Iban muchos hombres pero ninguno era mi padre. No conozco a mi padre.

Al caer la tarde estábamos en un llano cerca de la casita del guarda. Nos disponíamos para regresar. De pronto, del bosque, surgió un grupo de hombres armados. Mataron al guarda. A ella la

empujaron y la hicieron rodar por una ladera. A mí, en un pozo de unos dos metros, me arrojaron. Floté en el agua. Para evitar que me hicieran más daño, simulé estar muerta. Los vi. Uno a uno fueron pasando por encima de mi cuerpo. Habían apresado a uno de aquellos hombres y se lo llevaban. Cuando ya trasponían el cerrillo, mi madre se levantó. Al ver que se lo llevaban comenzó a gritar. Luego, loca, corrió detrás. Entonces, al ver que se iba y me abandonaba me levanté. Furioso grité :

- Mamá, estoy aquí. No me ha pasado nada.

Ella no me hizo caso. Corría y corría detrás de aquellos hombres. De vez en cuando decía :

- No puedo salvarte, hijo mío. Me han cogido prisionera y me llevan.

Pero era mentira. Estaba libre. Sé que lo que quería era abandonarme. Lo hizo. Durante mucho tiempo la busqué por la ciudad. Había desaparecido sin dejar rastro. Después de varios años volvió. Me presenté una tarde a ELLA. Negó conocerme y que fuera hijo suyo. Amenazó con echarme los perros e incluso meterme en la cárcel si volvía más. Está embrujada. No os acerquéis.

En el primer banco de la iglesia seguía la misa. De vez en cuando movía su brazo. Los colgantes de oro y las joyas emitían un sonido especial. La gente la miraba. Se acercó a comulgar. Siempre lo hacía la última.

Trabajaron sin descanso. Quitaron palos, piedras, barro. Entre ellos estaba Laby. Aún vivía. No se explicaban cómo había podido ir a parar allí. Los troncos verdes eran muchos y gruesos, Cuando rato después pusieron libres una de sus patas comprobaron, horrorizados, el espectáculo. Estaba rota por varios sitios. Chorreaba sangre. La carne colgaba.
- ¡Oh, Lef! Esto no puedo verlo. Dijo Susana y tapó sus ojos.

"Caminando por esta tierra un invisible fantasma o monstruo sanguíneo anda destruyendo. Yo diría que este lugar, el planeta Tierra, es un país encantado. Nada de lo que con nuestros ojos vemos es lo que en sí parece. Los hombres, las cosas, los árboles. Todo es espejismo. Disfrazados de marionetas ocultan, bajo sus vestidos, un montón de gusanos".

La boca de Laby se abrió. Hasta mostrar sangrantes trozos de carne. Hizo rechinar los dientes. Tembló y dobló la cabeza. Sobre el fango cayó.

A ellos se acercó. Ya lo conocían. Él se había llevado a Bailarina.
- Os podéis venir a mi casa. Descansaréis un rato.
- ¿y Laby?
- Lo curaremos.

ELLA vive en el tercer piso. Una de las ventanas de su dormitorio da a un patio. En el primer piso está el patio. El dueño es el cura.

Aquella noche los niños jugaban. Más bien, habían salido al patio y curaban a Laby. A las once sonó el teléfono. Él lo cogió.
- ¿Diga?
- Qué porquería de amor predicaban ustedes. Si tuviera que levantarse a las seis de la mañana para coger un pico y una pala ya cuidaría de que no metieran tanto jaleo.
- Por favor, señora; es la primera vez.
- A mí no me importa. Y si no se callan ahora mismo llamo a la policía.

Poco después sonó el timbre de la puerta.
- Tenemos orden de encerrar a los niños.
- No es posible.

Escoltados por dos policías bajaron las escaleras. También aquel que se encontró con ellos en el río. Al salir a la calle comprobaron que todas las luces del tercer piso estaban encendidas. Había sido ELLA.

Al otro día:
Encerrados en la cárcel estaban los niños. El cura se acercó.
- ¿Cuándo saldremos?
- Estaréis dos meses. Si pagáis diez mil cada uno saldréis hoy mismo.
- ¡Es imposible!
- Tenéis otra oportunidad.
- ¿Cuál?
- Trabajar un mes en un jardín.

Al décimo día:
A la hora de la comida se juntaron. Estaban cansados.
- ¿Qué le hicimos nosotros?
- ¿Y qué dirán cuando allá, en nuestro país, lo contemos?
- Lo que a mí me gustaría es poder seguir el desarrollo de esta historia, saber lo que

ELLA será dentro de diez años; veinte. Dentro de cien mil años.

UNA FLOR LLAMADA LEF

"Impregnado de tu ausencia está el silencio, las estrellas, el sol y los naranjos; impregnado de tu gracia y tu belleza has dejado para mí todos los campos".

- Mamá es muy buena, ¿verdad?
- ¿Y yo?
- ¿Tú? Nunca podré decir cuánto eres.
- Aunque no lo creas yo te quiero mucho.
- Lef, preciosa; si Dios quiere, el día que te acerque al altar, sólo llevarás en tus manos una Rosa Blanca.
- ¿Qué será?
- ¿Te acuerdas de aquella tarde? Por primera vez te dije: "Te llamaré siempre Mi Rosa Blanca".
- Poco después me llamaste por mi nombre.
- Y tú respondiste: “Que' Mi nombre es otro”. Desde entonces cada vez eres más. Por eso serás flor.
- ¿Bonita?
- Corno nada nunca, Lef.
- ¡Oh, preciosa! Eso no será nunca.
- ¿Y por qué a otras niñas no las quieres?

- ¿Por qué?
- Es que me quieres a mí,
- Eres niña, Lef, en mí y en la Tierra.
- ¿Cuándo te marchas?
- Dentro de un mes,
- ¿Me escribirás?
- Sí, puedes estar segura. Es la primera vez que me separo de ti.
- ¡Qué pena voy a tener!
- Sólo son dos días.
- Es que

Por el camino ancho que va desde la vega de los naranjos subían los dos. Siguiendo toda la llanura, formando una C, al otro lado de un gran cerro, estaba la casa de sus amigos. Más arriba, las montañas eran tan altas que ya no había monte. Siempre estaban nevadas. Nevadas con una blancura tal que parecían arder. De ellas bajaba el río. En sus orillas, desde media cumbre hasta el mar, crecían los naranjos. Tupidos bosques de hojas verdes donde parecían dormir mil sueños sin vida. Entre ellos, abajo, donde la montaña se derrama llanamente hasta el mar, estaba la casita. En ella, con sus padres, vivía Lef. Doce años tenía. Allí había nacido y crecido. Manantial de felicidad su casa y nido de belleza sus naranjos. Amigo suyo era Carlos. Vivía cerca y desde muy pequeños

ya se conocían. Ahora, cumplía trece y amaba a Lef de una manera algo singular. Es que Lef era extremadamente bonita.

Muchas veces, desde su infancia, había subido por aquel camino. Rodeaba la primera montaña y, allá, a media falda de las cumbres blancas, estaba la casa de sus amigos. Un gran molino en la misma corriente del riachuelo, Allí jugaban, se confundían con la fascinadora pureza del viento y el perfume del bosque. Gigantescas figuras de álamos arropaban las paredes. En su sombra camuflada, la corriente. Mil veces se bañaron en sus charcos. Mil veces pescaron y mil veces más impregnaron sus almas de dulces sensaciones de eternidad, en la espesura salvaje del silencio.

Hoy, Carlos y Lef, con tres horas del sol llegaron al molino. Los padres le habían dicho que regresaran pronto. Así lo harían, pero antes iban a emborracharse en las mil delicias de sus juegos y sus campos. Con la corriente y sus prados.

De pronto, en una señalada etapa del juego, Lef dijo a Carlos:
- ¿Tienes una hoja de papel?

Gustaba Carlos de hacer dibujos. En sus manos tenía un cuaderno.
Arrancándola, se la dio.
- Hazme un barquito.
- Lo siento, Lef, no sé,

Carlos y sus amigos veían algo en Lef al actuar de este modo. Contemplaron sus deditos. Doblaron, desdoblaron, achucharon, ahuecaron la hoja.

- Voy a dejar que el agua se lo lleve lejos. En él embarco a muchas personas hacia un país muy bonito.
- Esta corriente tan rara no lo llevará muy lejos.
Con una gran ilusión puso su nave sobre las aguas. Al ver Carlos esta acción dijo:
- Hermoso, si pudiera guiarlo lo llevaría a través de todas las islas y mares. Cruzaría el viento y, por las tardes, al caer el sol, arriaríamos en las estrellas.

Al doblar una curva, unas gotas de espuma lo mojaron Y volcó. Lef sintió mucho dolor. Se acercó a Carlos y lloró.
- No es nada, Lef.
- Sí.
Levantó Carlos su carita. De los ojos de Lef goteaban unas lágrimas.
- No tiene importancia. Sólo era un juego.

- Me da mucha pena.
- ¡Si es sólo un papel!
- Se han ahogado, Carlos. Se han ido al fondo y ya nunca más podrán salir.
- ¡No, Lef!.

TRES.

Arroyo arriba se acercaban. Carlos y sus amigos los miraban. Sus caras estaban desfiguradas. En sus ojos se leía terror, Confusión.
- Venirnos de parte de nuestros padres.
- ¿Qué ha pasado?
- Quedaros en este molino y no os mováis. Al otro lado de la montaña están acampando soldados. Tienen fusiles y bombas, Os cogerán presos si intentáis ir a vuestra casa.
- ¡No!

Gritó Lef al sentir el miedo.

DOS

La tierra amarilla era esponjosa. Unos días antes el arado la había movido. Hoy, la lluvia la empapaba. Sus pies, nerviosos, se hundían en ella. Los árboles húmedos chorreaban mil perlas, Entre sus ramas se iban ocultando. En sus manos llevaban unas cañas, en sus extremos ardían. Carlos se había quedado rezagado. Su

caña estaba apagada. Corrió. Al llegar a Lef le dijo:

- Préstame fuego.

Se lo prestó y sin dejar de caminar quiso hacerlo.

- No puedo, Lef. Déjalo, es igual.

Siguieron caminando. No había camino. Lo hacían al andar. De pronto, en el fondo de un surco grande, ardía un tizón.

- Alguien ha pasado antes.
- ¿Quién será?

Era por la tarde. El sol se estaba perdiendo. Carlos cogió el tizón y prendió fuego a su caña. Después lo agitó en forma de círculo. Sus llamas brotaron con fuerza.

- Cuidado, nos pueden ver!

Ahora ya había oscurecido. Carlos tuvo miedo y tiró al barranco, a un pequeño arroyuelo, su caña. Más abajo, el puente y el río donde se movían muchos camiones grises. Sus luces eran potentes.

Iba y venía mucha gente. En sus manos llevaban potentes linternas. Detrás de ellos, la casa de Ley y Carlos.

- Nos han visto.
- ¡Cuidado! Acostaron en el suelo.
- ¿Y las cañas?
- Apagadlas,

Abajo, entre ellos, estaban los naranjos. Contenían la respiración.
- Parece que van a enfocar.
- Quizá no.

El cuerpecito de Lef se perdía por entre la tierra, dormía junto a Carlos. Tenía miedo. Carlos la miraba.
- ¡Lef!
Ella le miró. No dijo nada.
- ¿Qué va a suceder?
- No lo sé.
Se encendieron más luces. Algunas se alzaron hacia ellos. No llegaron. Cerca, el puente de hormigón. Lo miraban con ansiedad.
- Tenemos que llegar a él.
- ¿Y después?
- Después, correr.
- ¿Y si nos ven?
- Quizá tengamos suerte.
- Si lo cruzamos, estamos salvados.

Los soldados se movían más arriba del puente.
- ¡Oh, pequeña Lef!
- Vamos ahora; están distraídos.
Dejaron las cañas y bajaron un poco. Llovía. Ahora la tierra era virgen y llena de mil gotitas de agua. Arriba, en la cumbre,

nevaba. Pisaron los primeros chinos del puente.
- Ahora hay que correr.
- Lef, ven a mi lado.
- Estoy junto a ti.
- Déjalo que pase, no te sueltes. - Lo haré.

Con estas palabras, Carlos sintió mucho valor. Corrieron locos. El pasillo estaba enrejado a un lado y otro con gruesas columnas de hormigón. Lef iba muy cerca de Carlos. Sus amigos detrás. Se oyó como un tropel de muchos caballos. Como si machacaran nueces con sus pies. En el puente, álamos, zarzas y ramas.
- No podemos pasar.
Carlos apartó con su mano los que pudo.
- Ten cuidado, Lef.

Su manitas se agarraban. Las ramas casi arrastraban su cuerpo. Después ellos las doblaban hasta que crujían. Por debajo del puente se oían otras cosas: Rebullir de coches, ruido de motores, voces sin compás y carreras.
- Agárrate, Lef.
- Casi no cabemos por aquí.

Era como una especie de túnel.
- Hay que hacerlo.

Carlos agachó su cabeza y después se arrastró. Estaba muy oscuro. Se retorció y buscó los bracitos de Lef.
- Acércate.
Tiró de ella y seguía arrastrándose. Poco después llegaba casi a la mitad. De pronto, frente, vio una luna color plata. Estaba atravesada por las piernas de alguien que quería sujetarles. Lef miró a Carlos asustada.
- No podemos seguir.
- Sí, Lef; tenemos que seguir.

La abrazó fuerte. Después, rodó. Rodaban, saltaban, corrían. Tropezaron con columnas, se enredaron en mil ramas. Saltó Lef enredada en hierba alta. Carlos gritó:
- No me dejes, Lef, no me dejes.
Lo sujetaban varios soldados.
- ¡Oh, lo han cogido!

Lef sangraba. Temblaba. Ya no podían hacerle nada. A Carlos lo alzaron entre varios brazos.
- Ve bien lo que haremos con él.
Le mostraron un depósito redondo alzado entre varias columnas blancas. Un número incalculable de mangueras le apuntaban. Desde todas las direcciones. Por sus

extremos salen hilillos de agua fría. Con tanta fuerza que arderá su cuerpo.
- No lo hagáis! Gritó Lef.

Y los hilillos empezaron a fluir. Una nube de humo se alzó.
- ¡Oh, Dios mío!
Por entre los naranjos, Lef siguió. Sobre la tierra iba quedando su sangre. Más abajo estaba su casa. Oía que su madre la llamaba. Quiso correr y tropezó. Abrió su boca y con sus labios intentaba besar las estrellas. Eran las flores blancas de los naranjos que mansamente la iban arropando.

"Cuando tus naranjos blancos llenen el viento de sus flores, yo siempre estaré contigo, Rosa Mía, en sus colores".

MARIPOSAS DE BARRO

Cuántas veces la has visto y la verás pasar por aquí. Mirando al suelo pero ¿pensando en qué?

¿Tú tampoco entiendes? Cuéntale la de cosas que cada tarde traía al llegar. También las que me llevaba al marchar.

Para que vea lo que es. Tú, escalera blanca. Cómo llorabas bajo el peso de mi alma cuando mis pies pisaban tu mármol.

Sabes cuántas veces mi sonrisa se quemó en mis labios al contemplarla pura. Mirándome desde tu corazón. ¡Oh! Escalera de mármol que guardas el peso de mi dolor. Aunque puedas, no hables nunca.

Sus colores blancos. Un blanco tan fino que se fundía con la luz. Verle por el borde, sus alas. Entre las dos, una franja celeste. Cañada abajo volaba. Desde la sombra de los pinos la seguía. Se paró en las flores. Por entre las mil espinas de zarzas. La red blanca, tejida por la araña, la sujetó. Luego, vi cómo los Monstruos acudieron. Mancharon los colores de sus alas. Destrozaron su cuerpo.

No te bastó sólo jugar con las flores, Y eras hermosa entre ellas. Sentías ansia de volar. Fuiste víctima de tu propia fantasía. Beatriz se acordó de Laby. Fue a salir. En la cama dormía Bailarina. Al

pasar junto a él grita:

- ¡Susana, corred!
- ¿Qué pasa?
Asustados corrieron.
- ¡Oh! No es posible.
- ¡No puede ser!
- ¿Quién lo ha hecho?
Contemplaban, asustados, lo que sobre la cama había.

Al subir las escaleras me cogió el brazo. Como implorando de mi consuelo. Como buscando llenar con mi amistad, el trágico vacío de su vida ¡Cuánta rabia me da esto! Se han consagrado a una vocación y resulta que por dentro están vacíos. ¿Por qué? Esta farsa no puedo vivirla. No y no.
- Hijito ¿qué música es ésa?
Apretaba fuerte mi brazo. Había fuego en su mano. Tiré con brusquedad. Casi me repugnaba la situación. Me retiré sin darle respuesta.

Toñi es pecosa. Su pelo rojo. Su cara más bien fea. Regordeta. Poco inteligente. Todas las tardes venía. Con una sonrisa que no me gusta en su labios. No era sincera su visita. Lo adiviné el primer día.
- ¿Lo has visto?
- Sí; está aquí.

Sonreía. Su cara se ponía roja. Ni se preocupaba simular que era víctima del Monstruo. ¡Pobre Toñi! Marioneta a merced de su fantasía. Sólo tiene catorce años.

Mediodía. Abrió sus ojos. Desde la camita blanca vio la luz del sol. Iluminaba los cerros cercanos. De entre unas matas, no lejos, oyó una voz.

- Somos tus amigos. Venimos a jugar contigo. ¿Duermes?

Setenta años. Hacía casi cuarenta que se había hecho religioso. Se acercó la puerta, Era el superior,

- ¿Usted cree que me echarán de la orden?
- ¿por qué lo van a hacer?
- Tengo miedo.

Cuando al otro día me lo dijo, le respondí:

- Pero a quién sirve, ¿a Dios o a los hombres?
- ¡Vosotros los jóvenes! Como buitre hambriento que busca la carroña. Y era Toñi. Merodeaba por el edificio.
- Pero comprende. No es bueno a una mujer ofrecer su persona a cualquiera y a cualquier precio.
- Estoy enamorada de él. Lo quiero.

- Ni lo sabe.
- Tengo que decírselo.

Movió sus brazos. Tocó, inconsciente, el cuerpo de Bailarina. Saltó de la cama. Corrió a la puerta. De pronto, recordó algo. Todo había pasado el día anterior.
- No duermo. Os estaba esperando.

Abrió la puerta. Era hermoso el respirar suave de la naturaleza. Las zarzas, las adelfas, el arroyo, los acebuches, las encinas con sus grises hojas. Todo parecía despertar con ella en una oración. Pensó contarle lo sucedido, pero la emoción mezclada con la alegría de aquel encuentro, agolpaba las ideas en sus mentes y las palabras se ahogaban en su garganta.
- Hoy, cuando la humanidad entera grita aterrada. Casi diez mil millones de seres morimos de hambre. En el inmenso desierto del planeta Tierra alzamos nuestros ojos y miramos hacia el universo. Tú sabes que algo va a ocurrir. Es imposible que por más tiempo sigamos, y hoy, tú, precisamente hoy, te enamoras. De la misma forma que lo haría la primera mujer allá, en los primeros tiempos, ¿Por qué?
- ¿Lo has visto hoy?

Poco antes, arrimados a la acera los había visto. Eran cuatro o cinco. Sus cuerpos ya eran esqueletos.
- ¡Por favor; tengo hambre!
Y sus manos, cansadas de tanto alzarse, se caían lacias.
Nadie los miraba. El sol los iba quemando.
- Pero Toñi, ¿cómo es posible?
- ¡Cuánto daría por un abrazo suyo!
Y absorta, perdida allá, en su sueño sin fronteras, caminaba.

Su cara estaba roja. Como a punto de brotar sangre por toda ella. Me sintió que andaba por allí. Salió de su cuarto. Sin palabra se acercó. Como quien tiene frío y busca el fuego. Así de raro lo encontré hoy. Para donde se movía, iba él. Sin palabras. Un poco más tarde, estábamos sentados en la mesa. Frente a mí, él. Lo miraba. Su cara seguía roja. Como no la había visto nunca. De pronto, sus ojos se tornaron blancos. Alzó las manos hacia arriba. A media altura, de una, cayó el tenedor. De la otra el cuchillo. Segundo más tarde cayeron las dos manos. Dobló la cabeza y todo su cuerpo, lánguido, se desplomó. Corrimos. Entre cuatro lo sujetamos. Con los ojos en blanco, nos miraba. Intentaba decirnos algo. No podía.

Su mandíbula inferior estaba desencajada. Por la boca escupía la comida. ¡Qué asco, Dios mío!

Evelina jugaba. Agarrada a la mano de su hermana. Subían por la calle. Habían salido de la iglesia. En el jardín, junto a la fuente, estuvieron un rato. Evelina recogió del suelo un puñado de jazmines.

- Me los llevaré para mis muñecas.
- Nos vamos; papá dijo que no tardáramos.
Evelina era guapa. Su cara redonda y rosada. Sus ojos negros. Su sonrisa diáfana, se acercaron. Ni sospechaban que a dos pasos les acechaba el Monstruo.
- Cuando lleguemos a casa voy a lavar mis muñecas. Mañana es domingo.
La calle subía llena de gente alrededor de ellas. De pronto, la explosión. El humo y el polvo las cubrió. Los edificios cayeron. La hermana de Evelina gritó. Nadie acudía, al contrario, huían.

Cuando la humareda se disipó, allí estaba ella. Rotos sus vestidos. Abierta en heridas su cara. Blanco sus ojos por el terror. Medio enterrada en los escombros. Abría su boca. Se adivinaba que llamaba a

alguien. Pero no pronunció palabra. Luego, al otro día, fue el entierro. Ella y catorce ma. Evelina tenía ocho años. La ciudad, aquella mañana, era una inmensa máquina de acero con mil corazones sin sangre. Coches, fábricas, ruidos. Sobre los tejados, mil bosques de hierro enredados.

La sombra de los pinos se derramaba fresca. Mi reloj marcaba lastres de la tarde. Sobre las hojas secas puse el magnetófono. La noche anterior había grabado el concierto para oboe y cuerda de Benedetto. Hoy, estas horas de la tarde, brillando el sol sobre los eucaliptos, susurrando el viento entre sus ramas y aspirando el mar como misterio, los sonidos del oboe saben a indescifrables bellezas. Las diminutas hormigas suben por mis dedos. Por un tronco seco, con paso de moribundo, se alejó un camaleón. Debajo de los pinos juega. Regordete. La fina piel de su cara transparenta los ríos de su sangre. Sangre limpia. Llena de fuego.

De vida.
- ¿No te acuerdas de mí. Mi hermana Pepi, sí.
Hace casi siete años.
- Yo entonces tenía cuatro.

- ¿Te gustaría que te hiciera una foto?
Movió su cabeza. Con su amiga, sonrió.

- El domingo por la tarde. Ven con ella. Contó con sus dedos. Me miró. ¿Cuatro días?
Ahora, parecía como si un pensamiento triste hubiese pasado por su mente. La espesura de los pinos, la soledad del paisaje y el silencio, inspiraba quizá melancolía. Pero Maribel, aún es muy pequeña. Su pequeña y blanca casita estaba allí: A dos pasos de ella.

Su banco, en la clase, está casi en el centro. La profesora ha llenado la pizarra de números. Ni uno ha copiado Toñi. Con su compañera, en el cuaderno ha escrito muchos nombres. En una hoja, de niños; en la otra, de niñas. Ahora los combina.
- ¡Ay! A ti con Salvadora, a mí con Antonio.
- El día que yo tenga en mis brazos un niño nacido de mí no podré creerlo.

Justo en este momento, de Pepi, con quince años, nace un niño. Dos casas más abajo del colegio de Toñi. Ha acudido a todos los médicos de la ciudad. Ha tomado todas la pastillas hasta hoy inventadas. Pero su hijo ha nacido. Pepi piensa: "Con un niño, ya no podré ir, seré esclava, me

haré vieja y no podré gozar de la vida". Da mil vueltas a la idea. Pero sucumbe. Su hijo deja de respirar. Pepi, como tantas, no quiere pensar que allá, en un lugar inviable para1 la ciencia y el talento humano, apunta todo. Hasta el más pequeño pensamiento.

Justo en este monto, Fina me decía:
- No puedo más.
- Pero comprende. En la vida hay que luchar. Renunciar a muchas cosas. Sufrir mucho para conseguir la perfección.
- No encuentro nada que me anime a seguir viviendo. Me da igual todo.
- ¿En una chica como tú, guapa y dieciséis años?

y me confesó que hacía ya mucho tiempo que se drogaba. Tenía su cuerpo entregado a los monstruos de la carne.
- Dime, ¿qué sentido tiene mi existencia? Soy carne que alimenta a los instintos. Nada más.
En este momento yo me movía entre el espacio y el tiempo. Volando por un universo que nadie nunca verá. Se me había encomendado que los guiaras. Todos eran hijos de pecado. Otros, sólo habían sido concebidos en la horrible mente de sus padres. Nunca nacieron.

Porque allí mismo, ya sus padres los condenaron.

Como en inmensos ejércitos subían. Al llegar a la entrada, como un puerto que da acceso a otros valles, sin resistencia, todos entraron. Detrás, venían madres. En número casi infinito. Todas las niñas de a dieciséis años. Tener que decir que aquello había brotado del planeta Tierra es doloroso. ¡Cuánta carnaza mal olienta a pesar de su hermosura exterior! ¡Cuánta piltrafa sangrando pus a pesar de ser jóvenes! Señor, quizá alguna aún no esté podrida.
- Tienes permiso para hacer la prueba.

Y entonces ordené que se dejara oír el aullido que se fraguaba al otro lado de las montañas. Al oírlo, ellas taparon sus oídos.
- Misericordia, Señor. Fuimos engañadas. No queremos. No lo permitas.
Y aterradas, en ejércitos sin fin, huían. Gritaban. Temían.
- ¿Por qué, mamá?

Gritó uno desde el otro lado.
- Tú presumes de haber conquistado a muchos hombres. De haber bailado con ellos. Te sentías importante cuando

adoraban tu hermosura. ¿Por qué me concebiste en pecado? ¿Y por qué me engendraste para arrojarme por toda una eternidad a donde la vida no existe?

Ella huía queriendo no ver aquella realidad.
- Señor, ¿le ordeno que sigan?

Aquella mañana, como ya otras veces, me llamó. Esperaba su revancha.

- Te empeñas en quedarte en esta ciudad. No creas que vamos a permitir que hagas lo que quieras. Aquí tienes. Esto quiero que se cumpla rigurosamente.
Me alargó un papel. En él, escrito a máquina, once apartados.

Normas para...
1 - Por la mañana, al comenzar la mañana, limpiará las salas de visita, sala de juntas, pasillos de la portería, portal de entrada y escalera principal. 2 - Queda prohibida la entrada en la portería a chicos y chicas y mucho menos que se sienten en la portería, atiendan el teléfono y sean ellos quienes den los recados.
- No debe dejar abandonada la portería para sentarse con visitas en la sala de visitas.

Debe cuidar de poner diariamente el comedor, limpiarlo y tener limpio y en orden el frigorífico del comedor.

- Deberá hacer el fregado de platos y cubiertos después del almuerzo. Dejando el del desayuno para.... y el de la noche para 6 - No colocará la comida en las fuentes. Ese quehacer lo hará el.... él se limitará a llevar las fuentes de la cocina al comedor. Que procure tocar el armónium cuando no haya gente en la iglesia.

Sería de desear que la Sta. misa la oyese en los reclinatorios del presbiterio y no escondido detrás del armónium en postura poco reverente.

Deberá ser exigente en retener los recados, apuntándolos y buscando a los personas por medio del teléfono. Y en las horas de misa, caso de no estar en sus cuartos, buscarlos en el confesonario cuando se trate de conferencias. Los domingos por la tarde queda libre de la portería y puede dedicar el tiempo a lo que quiera.

También debe ser previsor en las cosas de despensa, pidiendo a tiempo, previo aviso del Procurador o Superior, de aquellas cosas que falten.

Y hasta de cómo he de guardar postura delante de ser Supremo. Santo Dios ¿Qué te parece a Ti esto? En pleno siglo veinte y cuando se jactan de haber llegado con su ciencia a la Luna. Pero no. Hoy no me voy a revelar. Voluntariamente elegí. Sólo seres mediocres y con una visión pobre son capaces. Hoy, soy feliz de tener otra prueba más de mi superioridad sobre ellos y el Tiempo. ¿Qué les mueve hacer esto? Su pobre visión de Dios. Ignoran que fui enviado desde más allá del tiempo y que no pertenezco ni a ellos ni a su planeta. Estoy de paso. No pueden tocarme. Me río graciosamente de su decisiones. Siento que me falta poco y soy feliz, inmensamente feliz. En cambio ellos, a pesar de que sonríen y saludan por la calle, su tristeza es grande. Hasta me dan pena.

Tumbado en la cama, vomitaba la comida, la dentadura, la lengua, sus ojos, grandes como las nueces, reventaban. Buscaba agarrarse a algo. Huía; lleno de miedo. De cobardía. Era la muerte la que lo tenía agarrado. ¿Por qué lo hace? Ellos, le rodeaban. Rezaban. Llenos de silencio; llenos de miedo.

- No os comprendo. Me decíais que erais valientes. Que había que sonreír y sobreponerse a las humillaciones. ¿Por qué ahora, en el momento justo en que vais a encontraros con la verdad, tenéis tanto miedo?

Me acerqué a él. Con mi mano, di un guantazo, cariñoso, en su cara. Como quien está seguro de sí dije:

- ¡Eh! amigo, despierta!

No podía oírme. Se estaba muriendo. Pero ellos, me fulminaron con sus ojos. Uno, el más viejo, el que ha pasado toda su vida visitando y queriendo proclamar que está lleno de Dios, salió. Movió sus manos como indignado y escandalizado dijo:

- ¡Está loco! Se está muriendo un hermano nuestro y parece como si se alegrara.

- Pero bueno, ¿No es eso lo que siempre habéis dicho?

El otro me dijo:

- Es que la gente sencilla, los que no tienen formación religiosa, se pueden escandalizar.

¡Ya! Quizá piensen que no tengo sentimientos porque en lugar de verme llorar ante uno que muere, me ven reír. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

- Me habéis dicho que morir es entrar en la vida. ¿Por qué os espantáis?
- Pero hombre, es que…

¡Oh, Dios mío! Y éstos eran los que proclamaban tu mensaje. Los que me exigían que fuera auténtico. Los que se creían con derecho sobre mí. O han entendido mal lo que estudiaron en sus libros o Tú me engañaste. Cuando me hablabas a través de las flores de tus campos. En aquellas tardes que guardaba ovejas. Cuando vi cómo mi madre dio su vida en hambre y dolor sin quejarse. Cuando allá, entre las chabolas de lata, Tú, aquella noche, te acercaste a mí. Me abrazaste y alzándome sobre la Tierra, me diste entrada a tus misterios. ¿Me engañaste Tú o me engañan ellos?

Dios pide que no pensemos en a día de mañana. Que no estructuremos. Que no hagamos matemáticas. Que seamos espontáneos como los niños. Como los pajarillos del campo. Ellos, calculan; escriben y ordenan para que todo se cumpla a la perfección y tal como han planeado. No ya sólo encajonan a sus máquinas, sino a los hombres y sus destinos. Todos sabemos que esto no puede seguir. Dios no lo quiera. La cosa

está tensándose y la tormenta que se fragua es grande. Tiene que explotar. Dios está con los oprimidos. Y éstos, serán liberados.

Esto te escribo para que sepas cuál es mi esperanza. Hoy, voy a cumplir lo que me ordenan. Me dirán que soy un santo y en sus corazones pensarán que sus estudios y su educación son buenos para hacer felices a los pobres. Pero es que Ellos no saben que los pobres lloran, tienen hambre, sufren y Dios lucha con ellos. Como institución, el nombre es maravilloso. Su fama, falsa, se extiende por la tierra. Pero ¡santo cielo! Lo que esconden en sus corazones y mentes. Por eso prohíben a los pequeños entrar a la portería. Se creen justificados y limpios delante de Dios. No rompas nunca estas páginas. Te asombrarás ver real todo lo aquí contenido y no dentro de mucho.

Sé de uno que sale y entra a su capricho. Organiza banquetes con los más ricos. Regresa a altas horas de la noche y otras no lo hace. Tiene coche particular allá, en un garaje para que no lo sepamos. ¿No se equivoca nunca? ¿Todo lo hace perfecto?
- Para mí, la única regla es el amor de Dios ¿Qué dices tú de esto?

Sentí un ruido y miré. Sobre el montículo andaba. Qué encantadora. Esta tarde se había puesto su vestido rojo. Cogida de la mano de su amiga corría. Mi alegría fue grande.

- ¿Aquí vosotras?

- Te hemos visto desde mi casa. ¿Lo sabe mamá?

Su casa, hoy estaba bastante lejos. Sólo habían venido porque resentían a gusto junto a mí. Me dijo que tenía muchas ganas de que llegara el domingo.

- Es por la foto. Todas las noches sueño con ella.

Junto al pequeño lago, entre los rosales, hicieron un agujero. Cubriéronlo con tallos de yerbas. En el fondo, pusieron hojas verdes. Acostaron a Bailarina. La arroparon con un. pañuelo. Echaron tierra Y rezaron. Seguía Laby nadando en el laguito blanco. Se pusieron de pie e iban a marcharse cuando Esteban dijo:

- Al llegar la primavera, estarán hermosos los rosales con sus rosas blancas.

- ¡Mira qué bonito!

Era un pequeño patito, así, del tamaño de un huevo de gallina. - ¿Es tuyo?

Era de Bailarina. Se llama Laby.

Se había parado. Lo miraban. Él, preñado de encanto, deslizábase suave sobre la transparente superficie. Era un laguito pequeño. En la misma puerta de la casa. A la derecha y en su centro, verdes y vigorosos arbolitos. ramas, graciosas, arropaban las aguas. Laby, parecía no depender de nadie ni de nada. Jugueteaba con su pico. Iba y venía de un lado para otro con tal dulzura que en él solo se encerraban encantos sin límites. Mientras lo contemplaban, ríos de belleza inundaban sus almas.
- ¡Qué hermoso!

El mayor de los tres, rubio y de ojos azules.
- Me llamo Esteban ; éste es José y Salva.
- Yo soy Susana; mi amiga es Beatriz.
- Mi nombre ya lo sabéis.
- ¿y tu amiga?
Laby seguía nadando. Junto a él, ahora, había unos pajarillos.

Sobre la mesa me encontré la carta. Había llegado en el correo del día: 'Todo el día pensé en ello. Pues me hubiese gustado despedirte como te mereces. ¿Verdad que me perdonas? No estoy cansada de las cosas raras que dices. No dices nada raro.

Sino que cuando hablaba contigo, me parecía hablar con el cielo. Cuando nos marchamos, después fui al baile. No te puedes suponer lo rara que me encontraba; y hasta lloré. Pero me sequé las lágrimas deprisa porque había mucha gente. Esto me porque pasaba porque tan bien contigo! Eres tan bueno y tan puro que al ir a la gente de la Tierra la extrañaba. Para mí eres la persona más maravillosa. No encuentro y me gustaría decirte cosas maravillosas; pero, ¡soy tan poca cosa comparada contigo! A lo mejor encuentras poca sustancia a mis palabras; pero para m/ es un desahogo tan grande. Hasta la tuya, se despide una que te quiere con todo el corazón'.
- ¿Sabes qué?

Si cumplo todo lo que ellos me manden, me dirán como tú: Que soy un santo. Aunque sea injusto lo que manden. Claro que para Dios, ser santo es otra cosa. Pero por ahora, voy a cumplir todo lo que me piden. No para complacerlos y que me alaben. Voy a darles una lección. A escribir recto con páginas torcidas.

El frío suave de las horas los hará puros y la lluvia los besará. Cuando estén plateados de gotitas blancas, vendremos

una mañana a verlos. ¡Qué hermoso será todo!. El día que ocurra no nos marcharemos más.
Susana y Beatriz, con sus dedos, apartaron unas lágrimas de sus mejillas.
Suena el teléfono.
- ¿Diga?
- ¿Eres tú?
- ¿Sabes quién soy?
- Ahora no caigo.
- Inma.
- ¡Hola!
- Tengo un problema grande. Sufro. Quiero hablar contigo largo rato.
- Hasta el domingo por la tarde no puedo recibirte. Cumplo órdenes.
Inma guardó silencio. Colgó. Poco más tarde la vi pasar. Miró. No llegó. Era viernes.

Sábado:
En el periódico Leí: “Chica quince años desaparecida". Era ella.
Domingo:
Ahogada en el muelle apareció.
Los padres de Inma viven en un barrio pobre. Ella no había estudiado. Cuando la conocí trabajaba recogiendo almendras. Los cultos y los inteligentes mataron a Inma. ¿Quién dará a ellos su paga?

Hoy se ha marchado. Va a ver al siquiatra. La otra noche decía:
- Este año tengo que hacer lo que sea. Así no puedo seguir. Estoy atontado.
Y se le nota. Cuando habla tuerce la cabeza. Sus Ojos le revientan.

Dice que hay que estar al día y en la iglesia sólo habla de políticas y estructuras. Varias veces lo han metido en la cárcel. Un día me dijo que iba a escribir un libro,
- ¿De qué?
- De la miseria V la injusticia andaluza.
Nunca trazó dos líneas. Hoy habla y ni él sabe lo que dice. ¡Dios mío qué horror! Es sacerdote, pero por haber confiado en los hombres ha sido víctima de Ellos.

Poco después, corrieron. Senda abajo hasta llegar al río.
- Juguemos hasta que sea de noche.
Saltaban por la arena. Lavaban sus manitas en la corriente.

- Juguemos. Es puro el viento; nadie, sino la belleza de estos mismos campos, lo mancha.
Beatriz cogió a Esteban. Corría. Se ocultaba. Salva, echaba sobre la roca un puñado de agua. Hoy es el cumpleaños de

Marcial. Treinta y cinco. María Ángeles y yo lo hemos celebrado. Bueno, no sé si se le puede llamar celebrar un cumpleaños, haciendo lo que nosotros hemos hecho. Hemos asistido juntos a una misa. Eso es todo. Hemos rezado y charlado un ratillo, sin saber cómo ha podido ser todo. Ellos no me dejan tiempo para nada. Pero María Ángeles necesita de mí. Necesita verme. Tiene trece años. Su madre murió hace cinco. Víctima del Monstruo horrible. A la edad de quince fue engañada. Amat, hijo de familia rica, se enamoró de ella. Con dieciséis años, nació de Marcial el primer hijo. Luego, otro y otro. Él, abogado y con una buena posición, le prometió mucho. A los cincos años de casada tuvo que pedir el divorcio. Poco más tarde, moría. María Ángeles, ahora, no tiene hermanos. A su padre lo odia. No tiene a nadie más sino a mí. Me ha dicho muchas veces que aborrece a los hombres.

- A los hombre no. A los granujas que como tu padre se aprovechan de su situación de privilegiados. Malditos serán siempre, porque el daño que a vosotros los pequeños os hacen, no podrá ser reparado nunca,

- Es grande la empresa que te encargo. Pero, ¿así, sin más?

Se acercó a mí. Me cogió de la mano.

- Ven. Te lo mostraré. Ocurre en estos momentos.

Atravesamos astros, constelaciones, abismos, ríos, montañas. Desde la cumbre de un monte lejano, bajamos por la pendiente. Encajonados por dos cerrillos. Pasaba por el centro un arroyo. El monte, oscuro, alto y muy espeso. Las zarzas y las adelfas, junto al arroyo, más.

- ¿Conoces esto?

- Jamás en mi vida lo vi y si me preguntaran no sería capaz de describirlo ni situarlo.

- ¿Y el personaje que a tus ojos presento?

Como sacudido por algo horrible, exclamé:

- ¡No!

Bajaba por el borde del arroyo. En su mano, un palo. Un poco más abajo se oían gritos entre las zarzas. ¿Por qué?

- Espera un poco.

- ¡Cielo santo! No es posible. Los conozco a todos. Aunque jamás los vi.

Él bajaba corriendo detrás del primero. Le seguían todos los demás. Quiere ayudar al que más abajo grita. Llegó a las zarzas. Las apartó con el palo y entonces, lo que vi ¡horroroso! Cieno, frio y oscuro.

- ¡No es posible!
- Es necesario que lo veas. No es nada comparado con lo que existe detrás de las montañas.

Estaba tumbado sobre su costado derecho. El cieno comenzaba a entrar por la boca. La abría y la cerraba cómo queriendo respirar. Se asfixiaba. La sombra oscura de las zarzas lo hacía todo más triste. Deseé arrojarme al río y ayudarle. No se me permitió. El del palo se había parado. Desde lo alto de un peñasco apartaba las ramas. Mudo miraba al del charco. Noté que se volvía. El que corría detrás, lo alcanzó.
- ¿Qué pasa, papá?
- Lo hicieron Ellos. Me da pena.
- ¿Qué podemos hacer?
- Por ahora, nada.
- ¿Entonces?

Guardó silencio. revolcándose en el charco. Gritaba. Como si algo muy raro le estuviese destruyendo.
- ¿Por qué todo así, tan fríamente?
No respondió a mi pregunta. Con el palo pinchó al que yacía en el agua. Dio media vuelta. Bajo las negras aguas ocultó su cara. El del palo se volvió.

Subió monte arriba y se perdió. Entonces, una nueva visión me espantó: Era una criatura muy hermosa.
- ¿Quién es ella?

Se acercó al charco, Lo tomó en sus brazos. Chorreaba el cieno. Lo abrazó mirándolo hermosa.
- ¿Qué ha pasado?
- Nada, no te preocupes.
- ¿Qué les hice para que me dejaran morir de este modo? Vendrán a por ti enseguida, Ya es bastante.
Dilo mi compañero.

A la sombra de los pinos ha fabricado su casita, Con las mismas hojas que de los pinos caen. Es preciosa, la senda empieza justo en la puerta de la casa. Su casa de verdad. La otra, es de juguete.

Da varias curvas esquivando los troncos y al llegar al centro, se hace casita. Los muebles son piñas secas. de piedras. Las personas, sus muñecas. Sus preciosas muñecas. Había oído que allí cerca había un establecimiento donde podía comprar cosas.
- Tú sabes dónde está?
- Te acompañamos si quieres.

- Mejor será, entonces, que le pidas permiso a mamá.
- Mi madre está en el pueblo.
Y Maribel me contó que le estaban haciendo un vestido.
- Es para el domingo.
- ¿Para la foto?
- Sí; tengo una ilusión.

Tiene casi ochenta años. A las tres de la mañana todos los días está en acción. Trabaja hasta caer agotado y desde pequeño rinde culto a las imágenes religiosas y belenes. Pero cada día, busca en mí. algo que criticar. Enseguida acude a él.

Se mete en la cocina y empieza a picotear todos los platos. Luego, ya lo ve; en la mesa usa los dedos. Nunca coge la servilleta.

No sé, pero siento que a pesar de todo lo que critican de mí, me siento más limpio que ellos. Lavan sus manos para sentarse en la mesa. Perfuman sus caras y olvidan que no es lo que entra por la boca lo que mancha sino lo que de ella sale. ¡Qué maravilloso ser a sus ochenta años si su lengua no criticara! Qué grandioso su trabajo si no fuera soberbia. ¡Cuánto

daño, Dios mío!! Prefiero ser un inútil, morir en la miseria que convertirme en uno de Ellos.

Y lo lamentable es eso: Que su cultura, su religión y sus ciencias sean empleadas para dictar semejantes normas. Para esto no hay que tener pantalones. El más ignorante lo haría y quizá con mayor tacto. Si se les pidiera que cumplieran lo que dictan para m', estoy seguro que no lo harían. A pesar de todas las cosas bonitas que dicen en sus discursos. A pesar de alardear de tener educación, saber portarse en la mesa y comer correctamente. Sé de pordioseros e ignorantes, que muchas veces no quieren hablar por temor a herir.

Ana, la amiga de Toñi, hoy no ha venido al colegio. Tiene doce años. El curso pasado suspendió.

- Va a tener un niño,

Comenta Toñi con su amiga.

- ¿La quiere?
- No tiene ninguno en concreto.
- Pero, ¿el niño?
- Lo ha hecho con tantos que no sabe de quién es,
- ¡Pobre Ana! Juli por lo menos pudo casarse.

- A propósito, ¿qué sabes de ella?

De Juli, no sabrá nada. Dejó de venir también un día al colegio el año pasado. Ya no se supo de ella. Con trece años tuvieron que casarla. Antes de este día ya era mamá.

La galería era estrecha. En la misma torrentera del arroyo tenla la entrada. Hacia arriba todo era una roca. En ella estaba perforada la galería. Asomé mi cabeza y comencé a subir. Agarrando mis manos y apoyando mis pies. A media distancia la oscuridad se hizo espesa. Hasta tuve sensación de que me faltaba el viento. A los que iban delante, dije:
- Tendremos que arreglar esta entrada.

Dijeron que no era necesario y poco después llegó la claridad. Se oía también el ruido del agua y el viento. Al asomarme vi el lago. ¡Qué maravilloso! Ancho, claro, puro. Las aguas caían por la cascada. ¡Qué cerros al otro lado! ¡Qué perfume! Siguiéndolos rodeé sus aguas. En una roca se sentaron. En lo más alto lo hice yo. Esperaba que fueran llegando. Y sí: Allá a lejos, entre el monte, todos los cerros y los valles, andaban. Eran muchos. Yo tenía poder para congregarlos. Para jugar con

ellos. Para hacerlos felices. Lancé mis voces y me di cuenta que me fueron oyendo. Agolpados fueron bajando. Conforme llegaban, les iba dando un trozo de alimento. Luego, por allí se quedaban. Jugando; satisfechos. Todo era inmenso.

Mamá-Lidia, chata y graciosamente risueña, no se fue. Se quedó junto a mí. Me ayudó a repartir el alimento. A su vez ofrecía mil sonrisas. Mil gestos bellos. Mil ríos de felicidad. Luego„ llegó Buffy. El grandullón mecía sus orejas. Arrastraba su trompa y se balanceaba juguetón. Me rozó con su trompa y se paró.

- Ya sé. Eres más goloso y quieres un poco más.

De lo más esponjoso y blanco cogí un puñado. Buffy lo gustó. Mamá-Lidia se sentía feliz. Era para estarlo. Nada absolutamente faltaba y la abundancia era grande.

Sonó el timbre. Era la puerta. Mientras me acercaba lo vi transparentado por los cristales. El color de su ropa era naranja. Oí que decía:

- ¿Para qué habré venido yo aquí?

Tiré y abrí. Lo primero que percibí fue un fuerte olor a vino. Ya la tarde antes lo había visto.
- Vengo a pedir una limosna. Por segunda y por tercera vez.
- Ya le dije que aquí nosotros no podemos.
- ¿Usted es cura?
- ¡Mire, vaya a la parroquia o a su pueblo!
- ¡Si no tengo parroquia! ¿Sabes a dónde voy a ir?

Sobre su garganta dio un puñetazo fuerte, Indiferente volví mi cabeza.
- Y ustedes tienen la culpa.
Cerré la puerta. Hizo por salir. Con los puños golpeaba en la pared.
- ¡Por Dios, que a usted lo mato, lo mato, lo mato!

Las voces se oían a lo largo de la calle. Los vecinos se asomaron.
- Aquí tienen a los que hablan de Dios. ¡Hipócritas! Eso es lo que son. Llevo tres días sin comer.

Ahora los gritos se convertían en lamentos. Lloraba.
- ¿Por qué habré venido yo aquí Dios mío, por qué habré venido?

Luego, me. tumbé en mi cama. Seguí durmiendo la siesta. También ellos Io hacían. Y además, ni sabían, no se enteraban de esto. Sus voces quedaron ahogadas por la canción que de la máquina del bar salía: "Ayudadme".

El rebaño había bajado por la ladera. Cruzó el arroyo y se alejaba. Un piquete, separado y en otra dirección, estaba más arriba. En la llanura que hay entre los dos arroyuelos. Él, en el cerro de enfrente, lo había visto. Dio algunas voces intentando hacerlo bajar. No lo consiguió. Bajó por la ladera e iba a buscarlo. De pronto, lo vio. Había asaltado al piquete separado. Desconcertadas, huyeron buscando al pelotón. Ya en la misma llanura, varias habían quedado degolladas. Otras, por entre el monte, conforme iban corriendo, eran atacadas. En segundos, quedaban tendidas en el suelo y sin vida. Corrió a defenderlas; Justo en el momento que se acercaban Io vio atacar a una. Ella corría desorientada. Sin pretenderlo se puso en sus mismas garras. Abrió la boca y clavó sus colmillos en su garganta. Dio varios saltos angustiada y cayó. La herida roja se abría profunda. A chorros manaba la sangre. Él, se acercó y alzó el garrote para luchar. La fiera dejó a su presa. Abrió sus

garras y se lanzó. Como sin miedo a nada. Como
sólo con ansias de destruir. Parecía dirigida por una fuerza invisible y grande y por eso daba la impresión de no poder detenerse ante nada. Todo fue en dos segundos. Su garganta quedó partida en pedazos. Su pecho, su corazón. Brotaba la sangre a burbujas. Todos los miembros latían como queriendo gritar. Por los labios de la fiera chorreaba la baba, la sangre y la carne. Más abajo, el resto seguía huyendo espantado.

Misterioso dijo :
- ¡Mirad!
Llevaron sus ojos hacia el que habló. Miró hacia el monte.
- ¿Dónde está?
- No lo sé,
- Se debe haber escondido.
- ¿Subimos y la buscamos?

Estaban frente a la casita donde Bailarina dormía.
En dirección hacia donde el sol caía, avanzaba. Lenta. Misteriosa, Era enorme. Color gris. Se habían juntado todos. Miraban mudos. En el charco, los peces, las adelfas y los juncos se movían suaves.

Las esparragueras estaban cerca. El silencio era profundo,

Son las seis y media de la tarde. La iglesia está llena de gente. Hace un momento ha venido a saludarme Belén y su hermanita Mary. Belén cumple doce años. Con pena me ha dicho:
- Que mala suerte tengo. El año pasado, cuando cumplí once, el mismo día operaron a mi padre a vida o muerte. Este año, justamente hoy, acaban de operar mi hermano.

Belén hoy, estaba muy triste. Su padre, hace algunos meses, se marchó con otra. Ha venido para ver si puedo dejarle algunos libros. Los necesita para su colegio. Hablaba con ella cuando él bajó. Belén no había entrado ni a la portería ni a las salita de visita. Sin despedirme le dejo y lo sigo. Ahora mismo va a comenzar una charla en la Iglesia que durará hasta las nueve. Le preparo las luces; el micro; el altar; el cassette. Me pide que durante su charla esté allí.
- Te vendrá bien.

¡Dios mío, cómo me indigna esto! Por un momento siento deseos de coger el cuello y apretarlo. Apretarlo fuerte. No estoy

seguro de que algún día ya no pueda más y lo haga. No tiene derecho.

El teléfono y la portería están sonando. En contra de sus deseos, no puedo quedarme. Va a hablar desde el altar. Para poder poner música en los ratos de silencio. Yo, bajo su control, he preparado la música. Comienza su charla. La gente, poco después, comienza a llorar. Para esto sí tiene arte. Llega la hora del silencio. Le da a la llave para que el cassette funcione. Ocurre algo insólito: La música no se oye. Ya me la he cargado. Menos mal que hoy, yo, hasta me alegro de sufrir estas humillaciones. Tensan mi espíritu y poco a poco me elevan. De otra manera, quizá nunca hubiese podido desprenderme. Como les pasa a ellos.

A las nueve todo ha terminado. Han rezado el rosario. Han oído misa. Han Comulgado. Sale la gente. Uno de los peces más gordos de la ciudad, amigo suyo, se acerca a mí y me dice:
- Se ha olvidado de poner los ventiladores.
- E inmediatamente se lo dice a él. Lo repite dos tres veces. Me mira, cruel, y me dice :
- Se le han olvidado tantas cosas "Al pobrecillo",

Mi única respuesta es agachar mis ojos. Todos me miran y no puedo adivinar qué es lo que hay en sus corazones. Han estado toda la tarde en la iglesia rezando y hace muy poco que han comulgado, ¿No están cometiendo, ahora, un sacrilegio?.

Yo no entiendo mucho de esto, pero prefiero a esa señora humillada, la madre de Belén, aunque no vaya a misa ni llore en los sermones. La pena que esta tarde había en los ojitos Belén era profunda.

Por todo lo vivido esta tardo, esta noche estoy triste. Me produce un dolor raro ver a hombres tan amarrados a este pueblo. Es comprensible que ocurran estas tragedias. Es comprensible que por este callejón jamás nunca llegarán a la verdad ni a la perfección. ¡Pobre humanidad!

Cuánto es su error. Estoy oyendo ahora mismo el concierto Groso de Hender. ¡Dios mío! Qué creación más bella y cuántos mundos estas notas abren a mi mente. ¿Cómo es posible que ellos no gusten de esto? ¿Qué es lo que les impide escaparse de su pequeñez? Necesitan un gurú, un profeta, un santo. La hecatombe es segura y ellos no tienen virtud para

sujetarla. No tengo envidia de nadie en esta Tierra. Sólo hay uno: Bach. Y por eso no quieren que toque el armónium. La música de Bach no es para ellos.
- Yo lo he visto.
- Y yo también.
- Es horroroso.

El edificio, el enorme edificio blanco con mil cristaleras gigantes, se alzaba majestuoso. Rodeado de intrincadas autopistas; depósitos metálicos; hilos eléctricos y mil máquinas complejas. Dentro , todo funcionaba sin fallo. Sus carritos iban por los pasillos. Sus cargas, montones de carne humana con ojos deformados, brazos retorcidos y piernas gordas. No hablan. Van y vienen por la máquina, de un lado para otro. En cualquier parte del pasillo caen los excrementos. Una escoba mecánica los recoge.

La máquina los alimenta; los acuesta; los acaricia. La máquina se alimenta por los tubos. Por los cables que van desde los depósitos.

En la ciudad, en la gigantesca ciudad, desde hace muchos años no hay nadie. Dicen que una noche, un monstruo

pequeño penetró en las casas. Su presencia llenó de pánico a todos los habitantes. Parecía como de color negro; pero no era así. No hacía daño, pero era tan horrible que su presencia no había quién la resistiera. Saltaba por las sillas, las camas, las neveras. Burlándose; cagándose; dejando baba. Cuando se le combatía con algo se hacía invisible y aparecía en otro rincón. En las noches, mientras dormían, danzaba por el techo, por sus caras. Rompía trastos ; prendía fuego: gritaba. Hasta que un día comenzaron a marcharse de la ciudad. Se quedó sola. Llena de millones de aquellos monstruos que saltaban por los tejados y los alambres. Pero allí, en el edificio se quedaron los viejos; los idiotas; los paralíticos. Metidos, por los demás humanos, dentro de aquella rara máquina.

A Mary-Trini se la llevan. Su amiga me lo ha dicho hoy. Comienza el curso y se la llevan a un colegio. A un pueblo lejos de la ciudad. Su amiga dice que quiere que estudie. Que se prepare para la vida. Cree que allí interna y en un ambiente más puro, las cosas marcharán mejor, Cuánto me alegro de esto. Por ella; es muy bonita. Tiene once años, Tiene un hermano mayor que ya es un auténtico monstruo. Con la

madre es un tirano. La abofetea, la insulta. Se burla de ella y anda por su barrio como un salvaje. El hermano de Mary-Trini se siente víctima. Su madre, cuando aún era pequeña, tenía buenas posesiones. Antes de hacerse mayor ya nacieron de ella dos hijos. Él prometió casarse, pero cuando ya fue dueño de todo lo

que ella podía ofrecerle se fue. Ella, con sus dos hijos, quedó en la miseria. Vagando por las calles, sin valor, sin fuerzas y además, lo más trágico, lo más doloroso, sin norte. ¡Oh, enferma humanidad! ¿Cuándo nos daremos cuenta que buscar saciar la carne sólo es perdernos? ¿Cuándo alzaremos nuestra frente y miraremos para escapar? Dios está ahí: Gritándonos, llamándonos, pero no lo vemos. No puede darnos su mano.

Los niños gritaron :

- Un momento, oíd

No apartaban sus ojos del monte. Pero el ruido llegaba claro. Era raro y fuerte. El gris animal avanzaba lento; muy lento.

- Parece como vibrar de flautas.

Su tono era lúgubre y a la vez dulce y suave.

- ¿Qué será?

- No lo sé.

La melodía surgía como en círculo. De los montes envolviéndolos. Como si sonara solo para ellos.

Aquella tarde, cuando jugaban en el río, de pronto Susana dijo:
- Mirad lo que brota en la superficie del agua.
- ¡Oh!
- ¿Quién puede ser el que escriba ahí?
Sobre el blanco espejo fraguábanse letras.
- ¿Qué dice?

"A ti: Mi pequeña Lef. La más hermosa de cuantas existieron. Sólo a ti amé y lo seguiré haciendo sin Iímites".
- ¡Qué bonito!
- Pero, ¿quién me quiere tanto?

Sobre la 'superficie del charco fueron formándose nubes. Absorbieron las aguas. Volaron por los espacios. Cruzaron montañas, lagos, bosques. Una tarde, al otro lado de muchos siglos, derramándose en gotitas suaves. Sobre los campos brotaron mil flores y luego salió el sol.

Por el cerro el animal seguía,
- ¿Qué hacemos?
- ¿Y si te ataca?'

- Voy a intentarlo. Esperadme, volveré enseguida.
Corrió por el monte.

Hoy, es final de curso. Toñi ha venido a enseñarme sus notas. Me he alegrado verla.
- ¿Está él?
Ya hace muchos días que no lo veo. La poca alegría que había en su cara, y era poca, se disipó.
- Hemos venido en balde.
- Yo me alegro mucho de verte.
- Pero el que interesa es él.
Al oír esto me puse triste. El resto de la visita, y no duró mucho, pura fórmula.
- ¿Hasta cuándo no te veré?
- Al comenzar el curso.

A Toñi la conozco desde muy pequeña. Por eso me dolió tanto lo que dijo. A mitad de las vacaciones de verano hice un viaje largo. Desde aquel lugar escribí a muchos. Me daba pena no hacerlo a ella. Pero con ella estaba enfadado. Por eso le dije: "No volveré más a tu ciudad". Y no era cierto. Un mes más tarde volví. Pero lo que quiero es que no venga más aquí. No verla más ¿Para qué? Prefiero no gozar de su presencia que verla romperse día tras día.

Loli ha llegado hoy. Uno de ellos cogió el teléfono.
- Ahora mismo no está. Ha salido.
Cinco minutos más tarde regresé. Junto al teléfono, en el cuarto de aseo, estaba. De nuevo llamó Loli.
- Aun no ha regresado.
Lo estaba oyendo. Nada más colgar salí.
- ¡Ah! ¿estabas aquí?
Pero nada dijo de que Loli había llamado. Lo he sabido por ella, de pura casualidad.

Lo siguieron con sus ojos durante un rato. Oculto ya tras el cerrillo. Silvia dijo:
- Juguemos mientras vuelve,
- Sí; vamos a jugar.
- José, ven conmigo. Vosotros dos haced lo siguiente : Vamos a subir hasta aquel monte.

Les indicó con la mano. Estaba frente a ellos; entre la casita y el arroyo antes de llegar al río.

- Junto al cauce, os tumbáis en el río. Si todo va bien, iréis subiendo, arrastradas por el suelo, hasta nosotros. Estaremos en lo alto, Tú te quedas en el río y de pie frente a nosotros. Cada vez que demos en el blanco, recoges la pelota y nos la llevas.
- ¿En qué consiste?

- Ya veréis! Vamos.

Marchó con su amigo hacia la cumbre del cerrillo, Distaba del río unos doscientos metros. Lo primero que hicieron fue coger lo que usarían de pelotas. En las ramas de un árbol, parecido a una encina, colgaban, de maño de un huevo de gallina.
- Coge muchas. Jugaremos durante rato y con tanto se irán do.
Cortaron hasta llenar los bolsillos y siguieron hacia arriba. Clavaron dos cruces en el suelo. En la mitad de la distancia que calculaban retirarse del río. Ellas, mudas, los miraban abajo. Siguieron subiendo ya retirados la distancia prevista, José se puso frente a una cruz. Salva frente a otra. Ellas estaban en Línea recta, pero tendidas en el suelo y en e! fondo.

Desde lo alto, Salva dijo:
- Ahora uno y otro tiramos a dar. Cada vez que sean derribadas tú vendrás a ponerlas y buscarás la pelota. Atentas para que no se te pierda. ¡Adelante, estamos listas!

Respondieron desde abajo. José fue el primero. La pelota casi rozó la cruz. Botó y siguió. Ella corrió, la cogió en sus manos y vino hasta ellos. El siguiente hizo blanco. Susana, correspondiente al blanco

derribado, arrastrándose, comenzó a subir. Siguió Beatriz. Lef corría, enderezaba las cruces, subía, bajaba. De pronto dijo:
- ¡Alto! No puedo más.

Estaba sudando. Justo ahora la última pelota fue lanzada.
- No iré a por ella.
Con los brazos cruzados la observé alejarse. La pelota llegó al río. Rebotó en una roca. Volvió hacia arriba. Pasó junto a ella. Traspasó las cumbres del cerrillo y al bajar hacia abajo, donde hasta ahora sólo había barranquillos, se fue abriendo la tierra. El silbido de la pelota hacía eco perdiéndose.
- Ve por ella.
- ¿Cómo?

Aterrada, contemplaba la tierra abrirse más y más. Las voces se repetían. Como si desde abajo llamasen. La profundidad se rasgaba y era muy oscuro.

Ellos parecían esperar que fuera a por la pelota.
- Pero, ¿qué ocurre?
Fundido con el ruido de la pelota ahora oyeron otro. Pasaba por encima de sus cabeza. Miraron y lo vieron; era Laby, el patito rosado. Se alejaba río abajo. Lo

siguieron hasta perderlo. Luego, asustados, fueron bajando. En la ladera del cerrillo íbanse juntando. Unos a otros se miraban.

- Quisiera saber qué es lo que está pasando.

Llovía. Una tarde Luci estaba algo enferma. No había ido al colegio. Sobre las cinco se acercó.

- Papá, sígueme contando la historia.

Dejé mi asiento. La tomé en mis brazos. Nos acercamos a los cristales.

- Es bonita el agua cuando cae.

Durante un rato la miró silenciosa.

- ¿Te acuerdas dónde quedamos?

- Creo que llegamos hasta el día en que te hiciste religioso.

- Cierto, ¿Sabes qué pasó? Seis meses y dos años estuve de prueba. Estudios, charlas, lecturas. Casi todo me sonaba a hueco. La visión de Dios que mi propia experiencia me había dado era pura, grande, real. En ocasiones muy lejos a todo lo que enseñaban en los libros y charlas. Pronto volví a estar solo. Solo en la Tierra y ante la inmensidad que me seguía llamando. Tres años más tarde me correspondía una ceremonia que nunca olvidaré. Pero todo fue sólo algo convencional. En mi interior seguía siendo

el mismo: Un errante viajero perdido en el gran desierto. Me llevaron a una ciudad lejana. Estudié mucho; ciencias, letras. Y por mi cuenta practiqué el piano. Todos los jueves bajaba a clase a la ciudad. Quince kilómetros a pie durante dos años. Muchos días en medio de grandes heladas y lluvias. Al final, conseguí el título. Los domingos iba a un pueblecito cercano. Daba clase a un grupo de niñas. De ellas son todas estas cartas que aún recibo. ¿Sabes qué? En mi deseo de amar y ser correspondido me volqué casi con locura a ellas. Todas las tardes al campo. Recorríamos los cerros cogiendo mil flores, poniendo imágenes de la Virgen junto a los caminos. Ellos no sabían nada de esto. Me lo hubieran prohibido. Pero como yo veía que era maravilloso, lo realizaba. Ardía en deseos de ser más rico que los demás. Precisamente para atraer la atención de ellos; para rodearme de amigos; para decirle a muchos que yo nunca había sido malo. Pero ellos me impedían desplegarme.

Una tarde salimos de excursión. En un fatal accidente el autobús volcó, Diez de aquellas criaturas murieron. Otras quedaron mutiladas. El dolor asfixió mi alma, Me sentía culpable porque a nadie

pedí permiso. Sus padres quisieron matarme. Yo era inocente, pero nadie, sino Dios, lo sabía,

Aquellas noche no volví, Era imposible oírles. Corrí por los campos. No sé en qué lugar me refugié y dormí sin dejar de caminar. Montes, árboles, ciudades, hombres, perros.

Pidiendo auxilio, clemencia, perdón; me asaltaban desde todos los rincones. Salió el sol. Seguí caminando. Me acerqué a una ciudad intentando amparo, Me pareció ver que multitudes de personas enfilaban detrás de mí. Corrí huyendo de algo espantoso. De pronto, un sudor frío por mi mente, cegó mis ojos y caí entre algo que no sé explicar.

Cuando volví en sí, estaba en la cama de mi cuarto. Ellos me rodeaban pero los árboles, el viento, los arroyos, todo era extraño.

domingo.
Hace un momento acabo de estar con Maribel.
- Mi madre está planchando el vestido. En cuanto termine voy.

Ahora, estoy aquí. Esperándola sentado en el sillón verde. Desde el balcón la vista es preciosa. El mar muy cerca. Hasta llega el ruido de sus olas y el olor peculiar de su espuma. Los pinos, sus hojas verdes rozan al moverse. Desde aquí, a través de los cristales que dan entrada a la casa de Maribel la veré si se acerca. Ella es tímida. Como en esta casa hay tanta gente, le da vergüenza acercarse. Maribel tiene solo once años, todos los que aquí hay son hombres mayores y su carácter es tan raro que ella siente no sólo vergüenza sino miedo. Es curioso, sin embargo, que su alegría es grande en cuanto me ve. Y esto para mí es la mejor prueba de que mi camino es auténtico. Aunque mil doctores lo condenen. He preparado la máquina. Espero verla asomar de un momento a otro.
- ¡Mirad, es Esteban!

Señaló al cerro. Bajaba lomo abajo montado sobre el animal. Salieron a su encuentro. Al hacerlo tenían que bajar hasta el río. Estaban asustados.
- No temáis , no os haré nada.
Corrieron entonces y se acercaron. De pronto, un ruido de viento huracanado les asustó. Agitando grandes alas se paró junto a ellos un gran búho.

- Necesito ayuda.
- ¿Qué?
- Mis polluelos.

Mientras corrían por la vega, jugaban.
- Escribamos su nombre.
- Sí, hagámoslo.

Recogiendo piedrecitas construían letras.
-Pero si ella pasa.
- Daos prisa.
- Solo un momento.
- Ahora con trozos de romero.

Y los clavaban en la tierra. Susana y Beatriz cortaban flores y llenaban sus brazos.
- Ponlas a tu gusto.
- Primero las blancas.
- ¿Y qué dirá Bailarina?

El cielo estaba muy claro. Hacía viento y el sol era muy puro.
- ¿Habrá música?

Junto a la roca el camino se acababa. Un poco más abajo corría el río, Fue Esteban zigzagueando buscando una sendilla. Ellos le seguían.
- Tengo miedo.
- No pasará nada.

Suave, pero misteriosa ráfaga de viento llegó río abajo. El búho estuvo a punto de caer. Las ramas de los lentiscos azotaron a José y a Salva. Beatriz se agarró a las rocas y sus vestidos de seda los agitó el viento. Quedaron enganchados en unas ramas.

-¡Oh, que me caigo!

Giró sobre sí llevando sus manitas tras los vestidos. En esta posición, un poco tumbada, quedó inmóvil mirando a sus compañeros. El color de su carita, había cambiado.

Por breves segundos todo el campo se bañó de un profundo silencio. Se miraban extrañados y sin hablar.

- ¿Qué ha sido?

- No lo Sé.

Al otro lado del río, la tierra seguía abriendo una inmensa boca. De nuevo se oyó, y mucho más cerca, como el piar de muchos pajarillos.

- Parece como si tuvieran frío.

Alrededor del agujero negro la tierra comenzó a arder. Los eucaliptos, más abajo, eran altos. Crujían doblándose hasta topar con las copas en el suelo. Por el cielo aparecieron nubes negras.

Saltó Lef hacia Esteban. La recogió para que no cayera. Por ojos de Beatriz gotearon unas gotitas blancas. El viento soplo de nuevo. Sobre las rocas fueron estrellándose gruesas gotas.
- ¡Dios mío! ¿Qué es lo que pasa?
- Haced un esfuerzo y saltar.
- Tengo miedo.

Una espesa gruesa nube de humo surgía desde al arroyo hasta la loma. Ancha lenguas de fuego devoraban el monte. - - Acércate, Esteban, y nos das tu mano.
- Aunque lo hago no alcanzo, pero espera.
Cogió una rama. Anduvo un poco a la izquierda. Por el borde de la roca.
- Salta yo te cogeré.

Arriba agitaba sus alas el búho. Río abajo el viento seguía llegando cada vez más frío y fuerte.
No fui más a aquel pueblo. Pocos días después me echaron de aquella casa. Fue entonces cuando por primera vez vine a esta ciudad. Cuánto las recordé; cuánto las lloré. Ellos me pusieron de portero en esa casa grande. Mamá, por aquel entonces, tenía nueve años. No sé cómo la conocí un día. Tocaba yo el piano y ella me dijo:
- Me gustaría saber como tú.

Siendo aún pequeña era ya muy guapa. Desde aquel día ya no pude borrarla de mi mente.
- Dile a papá que te doy clase.
- ¿Cuánto me vas a cobrar?
- A tinada.

Adivinó la tragedia de mi vida. Quiso levantarme. A escondidas, recibió las primeras lecciones. Los que me rodeaban me impedían que la viese. Que hablara con ella ¿Por qué? Ellos, como otros, querían hacer de mí un criado.
Me lo predicaban cada día, pero no. Yo me revelé. Contra todo lo que me esclavizaba y esclaviza. Sin dejar de ser bueno. Sin dejar de cumplir lo que Dios me pedía. Prohibieron a ella venir por donde yo estaba; me vigilaban; dijeron a voces que no servía para nada.
- Aunque eso sí, tiene buena voluntad.

Nunca dije a ella nada de mis luchas. Sólo me gustaba verla feliz. Por la ciudad muchos me miraban como a un indeseable. Y entonces, empecé a tener necesidad de que alguien justificara mi inocencia. No hallé persona. Busqué escribiendo. En pocos meses construí varias obras. Entonces descubrí que por este camino podría realizarme. Decir todo

lo que dentro me quemaba, y sobre todo, mostrar que era algo más que aquello que de mí habían hecho. Mandé mis libros a las editoriales. Momentos que fueron para mí de emoción creciente. Pocos días duró. Todo se vino abajo. Dijeron que lo que había escrito era muy malo y nadie lo quería.

Mi desilusión fue tal que enfermé. Ellos entraron a mi cuarto y me aterraba la idea pensar que podrían descubrir las páginas que tenía escritas. Nada había que hiciera daño a nadie, pero para mí era más deseado el silencio. En estos días fue cuando de verdad me sentí un completo inútil. En la ciudad crecían las murmuraciones sobre mí. Un día, ellos decidieron enviarme a otro sitio. Me encerraron en un coche y sin darme oportunidad a que me despidiera de nadie, me alejaron.

Allá, en aquella otra ciudad no sé cómo tuve fuerzas para seguir viviendo. Perdí todo gusto por la vida. Toda ilusión. Pero mi fe aumentaba. Creí cada vez menos en las cosas, en las personas.

Un mes más tarde:

Estaba una noche sentado en la terraza. Las estrellas brillaban con fuego de oro. El viento era frío y azotaba mi cara. Por mi alma corría una pena grande. Sentí el frío de mis lágrimas corriendo por mis mejillas. En estos momentos, como una oración broto de mi pecho: "¡Cuánto, Lef querida, daría por sentirte junto a mí! Por abrazarte y dormido en tu pecho dejar pasar las horas. ¿Es posible que sean inútiles mis deseos y mis luchas? Llevo en mis carnes un dolor mordiéndome. Ni la eternidad puede apagarlo. Solo el mismo grito de mi propio dolor puede apagarlo cuando alcance el deseo llorado. Y te digo esto: "UN DIA, CON TODAS LAS FUERZAS DEL UNIVERSO EN MI PODER, ME ALZARE. A QUIEN QUIERA O DONDE QUIERA QUE ESTE ESE TROZO DE VIDA QUE ME PERTENECE, JURO QUE SE LO ARRANCARE. NADIE NI NADA PODRÁ VIVIR EN PAZ NI EN ARMONÍA MIENTRA EN MIS CARNES SIGA UN DOLOR GRITANDO. Tampoco yo podré ser feliz mientras no lo consiga".

Poco después bajé a mi cuarto. Me senté y escribí, loco, desesperado, casi hasta la madrugada. Al día siguiente, seguí. Así hasta dos semanas. La obra surgió. Llena de un fuego tal que un mes más tarde

asombró al mundo. La televisión, la prensa, el cine, desplegaron sus fuerzas para dar a conocer lo que la humanidad entera estaba esperando. La noticia no pudo ser más grande. Los que me rodeaban se enteraron. Como todo lo había realizado sin su permiso, quisieron juzgarme. Como siempre suele ocurrir.
- Nada malo hice; sólo puse en acción los talentos que Dios me dio.

A partir de hoy no me aplastó más el terrible complejo de inferioridad. Ellos me reverenciaban, me cortejaban, me llenaban de mil agasajos. Sin quererlo, entonces, pude observar hasta cuánta hipocresía puede caber en un corazón humano. Jamás antes nadie me prestó atención. Y si lo hizo sólo fue para decirme que era pobre. A partir de hoy todo fue otra cosa. ¡Oh humanos! Si vuestros pensamientos se vieran. ¡Cuánta porquería! ¿Por qué las personas no son amadas por lo que son y no por el dinero que poseen?
- Señor tal, ¿Cómo esto, cómo lo otro? ¿Qué tal antes, que tal después?

Mi respuesta:
- Sólo una cosa: He sufrido. Me torturaba verme pobre y más que esto, desnudo.

Quizá a estas circunstancias y a Dios debo mi triunfo. Luché silenciosamente y tenaz, sin dudar nunca. Esperaba contra todo y mis esfuerzos dieron su resultado. Y mi gozo era mucho. Fui feliz con una dicha no común en esta tierra.

Seis meses después:
Era dueño de varios millones de pesetas. Aún seguía estando bajo su poder
- Tienes que dejarlo todo en nuestras manos.
- Solo, he sido capaz de levantarme desde la nada. También solo seré capaz de manejar, con sabiduría, mi riqueza. Esta ha sido una de las fuerzas

Quizá te parezca poco sincero este razonar mío, pero yo sólo buscaba decir, que grande delante de Dios, no es el que tiene dinero ni el que es pobre, sino el que está por encima de todo esto. Ocurrió entonces que un día dije:
- Me marcho. Quiero seguir diciendo a los demás lo que vosotros pretendéis pero según yo lo siento y sin que me estorbéis. Sin engaños ni hipocresías. Y si queréis, a partir de hoy os seré fiel.

Con pena, por su parte, accedieron a mi petición, pero yo lo quería. Tenía deseos

de demostrar que era falso lo que ellos me habían repetido tantas Veces.

Pedí de nuevo volver a la ciudad de Lef. Me lo concedieron. Seis meses después, una hermosa mañana, pisaba de nuevo aquellas imborrables calles. Entre ella y yo, todo el tiempo transcurrido, había existido silencio. No había tenido noticias ni de mis horas tristes ni de mis felices momentos. Desde siempre había soñado darle una sorpresa. Algo que nunca pudiera borrar de su vida.

Mi reloj marcaba la una.
El coche se paró frente a la puerta. Pulsé el timbre. A mi mente acudieron aquellos días cuando vine a su casa para darle la clase a escondidas. ¿Hoy? ¡Qué gozo! La puerta se abrió. Era ella. Sonreía como de pequeña. Durante un momento me contempló muda. Como si ante sus ojos y ante los míos lo que existiera fueran imágenes fantásticas y no reales.

- ¡Lef amada!
Y nos apretamos fuerte. Cuántos sentimientos; cuánta dicha. Su hermanita. Su hermano. Sus padres ¡Qué momento aquel, mamá lloraba. Papá no encontraba

palabras. Elia me miraba. Me preguntaba. Le daba mil expresiones a su alegría.

No sé cómo salí de aquel momento; pero sí recuerdo que de pronto dije:
- Estoy curado. libre. Poseo millones.
Me miraban. Se miraban. Mudos todos. ¿Será posible? Se preguntaban.
- Gracias a ti. Por eso he vuelto. Nunca más me voy a separar de tu lado.
Sus ojos eran preciosos. Pasé los míos por la estancia. La televisión, los sillones, el árbol tras los cristales, la mesita.
- Estoy de nuevo aquí.
- Y con este mensaje ¡Parece un sueño!
- ¿Recuerdas mis promesas cuando tenías nueve años?
- ¡Quién iba a pensarlo!

Nos remontábamos sobre el cielo de su ciudad. ¡Qué alegría aquella mañana! Pero a la vez, qué dolor. Nunca más íbamos a volver a esta ciudad. A pesar de todo, ellos seguían mandando.

Dentro de quince minutos ellos bajan a merendar. Me hubiese gustado que Maribel hubiese venido antes. Cuando ellos estaban arriba. Son necios y su manera de enjuiciar las cosas es peor. Uno de mis compañeros acaba de estar

conmigo. ¡Cuánta pena me da! El y todos sus compañeros. Habla Y me da la impresión que no saben lo que dicen a pesar de que mis compañeros son todos de estudio, Como quien no conoce la vida y todo lo que nos rodea nada más que en una ilusión rosa. Los han tarado. Los veo sin personalidad, sin voluntad; mendigando, hambrientos, y como es pobre, lo que los demás le dan, me causa pena verlos. ¡Dios mío, cómo me indigna esto!

Una fuerte racha de viento los volvió a tirar. Sobre ellos, ahora, cae mucha tierra. Ramas secas. Trozos de roca. Un ruido como de muchas aguas suena por el barranco. El agujero negro que la tierra abrió, ahora ya, es muy grande. De él, sale un olor insoportable. Se oyen como muchos gritos de turbas que apenadas y desorientadas piden ayuda.
- ¡Oh, mirad!

El caudal del río ha crecido mucho. La tierra se va hundiendo. Las montañas, desde el poniente, ahora vierten hacia el barranco. Grandes trombas s de agua y otros elementos negros abren cauce hacia el agujero.

La tierra que ha rodado ciega sus ojos. Arañan en las rocas queriendo huir. La tortuga sube monte arriba. El cielo está cubierto de nubes muy y espesas. Todo parece como hundirse en una oscuridad sin fin. Sigue el agujero abriéndose.

Maribel asoma. La veo cruzar los alambres. Se ha puesto el vestido nuevo. Su pelo está amarrado con una cinta azul. En un manojito delicado cae sobre sus espaldas. Con ella viene su amiga. ¡Qué bonito este momento! Lo ha hecho ella. Dejando brotar tantos ríos de emoción de su inocente pecho. Y no va a celebrar más acontecimientos que hacerse unas fotos. Algo que ni siquiera hoy mismo va a poseer. Tardaré quizás unos pocos meses en mandárselas. Lo sabe. Pero esto no disminuye su emoción. Qué diferencia con todas esas niñas de la ciudad. Se pasan el tiempo buscando inventar guateques, fiestas, espectáculos. Se visten con los más raros vestidos. Se emborrachan, se drogan y hacen las marranerías que no se pueden imaginar. Pero yo lo sé; a pesar de eso, no logran vivir una experiencia tan maravillosa como la que hoy Maribel. Ha subido hasta la carretera. Mira. Se ha parado. Tiene miedo acercarse. La estoy viendo. Ella a mí no. Me levanto. Abro la

puerta. Quiero que me vea. Muevo mi brazo. Me ve. Mueve rápida su cabecita; mira a su amiga y dice:

- ¡Está!

Y sin más se cogen de la mano y corren hacia mí, Por la llanura que la sombra de los pinos arropa. En mi mano llevo la máquina, Qué alegría vivir este momento. Maribel se acerca, Su dicha es tanta que me parece imposible que en esta tierra exista algo más feliz. Tampoco Lolita sabe de es este placer. Estas cosas no se venden en las tiendas ni se compran en la Tierra con su dinero.

El monte arde, El humo es zarandeado por el viento. De vez en cuando los ciega. Ahora ya suben de prisa por entre las rocas. Hacia la cumbre del monte. El líquido de los ríos de un momento a otro va a derramarse en el gran agujero. El nido del búho está en unas matas. cogen los polluelos.

- ¡Qué bonitos!

Siguen subiendo, Los ríos crecen. Da escalofrío verlos. sobre las aguas tan mil árboles, trozos de roca ardiendo, fango, culebras en mil especies, Arriba, está la cueva. Desde su llanura se dominan

paisajes y paisajes. No llegará allí la destrucción. Ellos lo saben. Beatriz coge otro de los

He estado junto a ti. Amándote con una profundidad sin límites. Desde tu tierra y aún te veo presente en todo. En las calles, en tus parques, en la fuente, en tu panadería, en mi ventana, en mi, mente, en mi ¿Te diste cuenta de ello? Es que ya me marcho. Voy a resucitar. A dejar de sentirme preso. A partir de hoy, aunque quieras, no podrás tocarme. Cerraste la puerta para hacer una prueba y no oías que te dije:
- No lo hagas; no está permitido. Sólo una oportunidad se nos da; además, todo queda grabado con más fuerza que la muerte. Te dejo mis últimas palabras: Más allá de los negocios de la carne, de la tierra y del corazón, hay un estado de gozo que es sublime. No tiene comparación. No le cierres la puerta, porque de hacerlo, no tendrás nunca acceso a la vida. Esto es importante que lo sepas.

A dos pasos uno del otro ellas y yo oímos el ruido. Viene de arriba; de las estrellas. Yo lo estaba esperando. Es la hora en que

ellos han de bajar a merendar. Maribel grita y se abraza a mí.

Desde lo alto de los montes, los niños lo han contemplado. Los mil ríos extraños han vertido su caudal en el agujero abierto. Éste, en nubes gigantes, va a caer sobre el Planeta, un grito horroroso surge desde aquí y ha llegado hasta oídos de los niños.
- Están en peligro.

No te preocupes. Está escrito que los inocentes serán salvados. Suceda lo que suceda no vas a morir ni tu ilusión será rota.